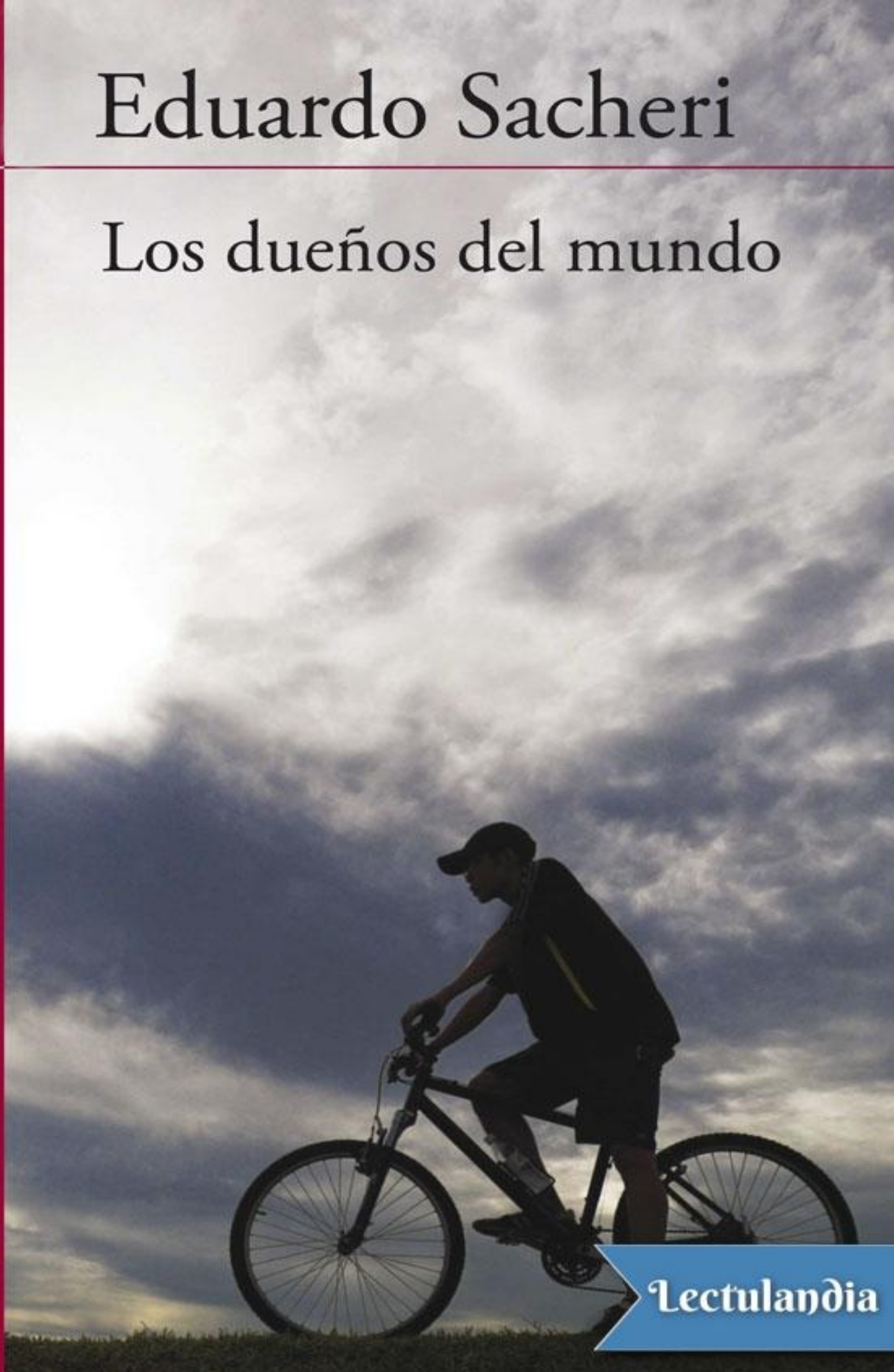
Eduardo Sacheri

Los dueños del mundo



Lectulandia

Los amigos del barrio. La época en que la vida entera se presenta por delante. Héroes de carne y hueso. Aventuras.

En este libro Eduardo Sacheri convoca a sus amigos, mediante una interesante amalgama entre la ficción y la realidad. El fútbol, las carreras en bicicleta, los rompeportones en Navidad y las tensiones entre barras; carnavales, personajes ilustres y algunos mitos del barrio. No se sabe dónde terminan los hechos reales y empieza la fantasía. Allí reside el encanto. Las palabras se transforman en una cámara que proyecta imágenes de un grupo de amigos que vive la epopeya de saberse los dueños del mundo.

Hay un momento en la vida en que sentís que el mundo es todo tuyo.

Lectulandia

Eduardo Sacheri

Los dueños del mundo

ePub r1.0
GONZALEZ 16.04.14

Eduardo Sacheri, 2012

Editor digital: GONZALEZ
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

“CASI” LA VERDAD

Este libro habla de mi vida y de la vida de mis amigos, cuando éramos chicos y vivíamos en Castelar, en los años que siguieron al Mundial de Fútbol de 1978.

Sin embargo, este libro no dice la verdad. Y no dice la verdad por varios motivos. Primero, no creo que uno pueda encontrar la verdad, si es que existe, en las páginas de un libro común y corriente como este. Un libro que habla, apenas, de algo tan doméstico e intrascendente como una vida suburbana.

Segundo, nuestros recuerdos siempre son un invento, una ficción, un relato que nos hacemos a nosotros mismos. Nuestros recuerdos son un cuento que nos contamos. Y en los cuentos la realidad tiene, sí o sí, que abandonar sus certezas y sus exactitudes.

Tercero, a los escritores nos gusta contar historias, y aunque nos propongamos mantener los pies sujetos a la tierra y las palabras atadas a los hechos, tarde o temprano sucumbimos al deseo de que lo que contamos tenga cierta belleza. Y la belleza exige atajos, trampas, exageraciones u ocultamientos.

Cuarto, yo no sé si este libro, en una de esas, puede terminar cayendo en las manos de quienes protagonizaron, junto a mí, estas historias. Y si sucede semejante cosa, puede ser que los chicos y chicas que se criaron conmigo no quieran que esas historias salgan a la luz. Y están en todo su derecho. Aunque yo haya crecido —mis enemigos dirán que, en realidad, he envejecido—, conservo la fe en ciertos principios inquebrantables. De manera que jamás me convertiría, por simple placer, en un delator, en un buchón, en un cobarde que manda al frente a sus amigos.

Abuelita Nelly, que vivió 103 años, me enseñó muchísimos refranes. Y uno de ellos enseña que “se dice el pecado, pero no el pecador”. Nada más cierto. Yo no voy a delatar aquí a ninguno de los pecadores que pecaron conmigo. Sí voy a contar nuestros pecados. Nuestras maldades y nuestras hazañas. Me regodearé con nuestras victorias. Confesaré, hasta con cierto orgullo resentido, algunas de nuestras derrotas. Pero conservaré el secreto de quién fue quién, en ese pasado que compartimos. Haré un revoltijo de nombres, una mezcolanza, para que nadie sepa del todo a quién le tocó qué papel, en esa vida que tuvimos.

Sin embargo, casi todo lo que se cuenta en este libro es verdad. Pero es ese “casi” el que lo cambia todo. “Casi” todo es verdad y, por eso, lo que hicimos se mezcla con lo que pudimos haber hecho, con lo que nos faltó hacer porque no nos animamos, con lo que merecimos haber hecho pero la vida, que muchas veces es injusta, nos privó de hacer. Casi todo es verdad y, por eso, nadie salvo nosotros mismos puede saber dónde

están exactamente sembradas las mentiras que están ahí, entre otras cosas, precisamente para que nadie pueda seguirnos del todo el rastro.

Así, mis amigos y yo estaremos a salvo. Ningún vecino podrá venir a reclamarnos por nuestras antiguas fechorías. Ningún antiguo rival podrá exigirnos explicaciones. Y nuestro pasado podrá soltarse y correr por las veredas, esas mismas veredas en las que corrió y jugó nuestra niñez.

PELOTAS PERDIDAS

El peor árbol que existe, para que te crezca en un campito, es una palmera. Lo digo así de claro y contundente. Es un axioma. Un principio indiscutible. Puede ser que, además de ser indiscutible, sea un principio inútil. Uno de esos conocimientos que no sirven para nada. Y eso, por muchas razones: por empezar, porque es probable que para cualquiera que tenga menos de treinta años la palabra “campito” no signifique nada. Y no signifique nada, precisamente, porque los campitos están virtualmente extinguidos, como el asno salvaje sirio o el leopardo de Zanzíbar (antes de seguir adelante aclaro que los ejemplos que acabo de anotar los sé por internet, y no porque sea especialista en zoología).

En mi niñez existían, en los barrios, dos tipos de canchas de fútbol en las que los pibes podíamos jugar: las canchitas y los campitos. Hoy, como ya soy un adulto y por lo tanto se me han agarrotado los reflejos para captar el mundo completo, tengo que hacer un esfuerzo para fundamentar la diferencia entre unas y otros.

¿Qué era lo que volvía campito al campito y canchita a la canchita? Digamos que cuando el terreno era más bien salvaje, cimarrón, apenas un poco más evolucionado que un baldío, recibía el nombre de campito. En cambio, cuando se trataba de un territorio más cuidado, con postes de madera para los arcos, o con pastizales y yuyos solo en la periferia del campo de juego, por ejemplo, alcanzaba el rango mucho más honorable de canchita.

En Castelar existían, por supuesto, unas cuantas canchitas, y numerosos campitos. La mejor canchita era la de Presente, que se llamaba así porque estaba a una cuadra de una tienda que vendía uniformes escolares, con ese nombre. No se imagine el lector que era una canchita demasiado preparada. De hecho, la canchita de Presente —a la que acabo de definir como la mejor de todo Castelar— tenía un árbol de treinta metros de alto que le crecía en el vértice de una de las áreas. Un verdadero obstáculo. Cuando te tocaba atacar hacia ese lado, no solo tenías que eludir a tus rivales, sino al tronco desmesurado del maldito eucalipto que había tenido la pésima idea de crecer en ese sitio.

Ahora: si esa era la mejor canchita, se podrá imaginar, querido lector, cómo debía ser el peor de los campitos. Pero éramos gente de conformarnos con poco. En mi barrio, de hecho, en ese barrio que florecía alrededor de la esquina de Guido Spano y Blanco Encalada, no teníamos ni canchita ni campito. Una combinación de muchas casas y poca suerte nos volvía indigentes en la materia, y nos condenaba a jugar únicamente en la calle. Cerca de nuestro barrio estaba la canchita de la calle Buchardo. Linda canchita, con un arco de madera y todo. Pero ahí está el asunto:

quedaba “cerca” de nuestro barrio, pero no “en” nuestro barrio. Y eso hacía que les perteneciera a otros pibes, y no a nosotros. A veces nos aventurábamos a usurparla, pero tarde o temprano sus legítimos dueños nos sacaban carpiendo.

Sin embargo, no hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista, como bien decía Abuelita Nelly. Una tarde cualquiera estábamos ahí, tirados en círculo en la vereda, lamentándonos por nuestra penuria de campos de juego. Un colectivo acababa de despanzurrar la última pelota de cuero que teníamos, y Fabio le daba vueltas al cuero aplastado y descosido, que dejaba ver los restos de la cámara de goma estallada sin remedio.

—¿Tendrá arreglo? —preguntó, con una voz en la que la angustia se sobreponía a cualquier otro sentimiento.

Esteban le hizo un ademán para que se la alcanzara. Cuando la tuvo, la giró, la palpó, la analizó con ademanes de entendido.

—Cámara nueva. Costura. Arreglo tiene, pero va a salir unos cuantos mangos.

Los demás asentimos. Esteban era un especialista en saber esas cosas. Fabio recibió los restos del balón y siguió dándole vueltas, aunque ahora con un atisbo de esperanza.

—Oigan —dijo Sergio, de repente—. Si quieren puedo conseguir un campito para que juguemos.

Se lo hicimos repetir, como para descartar una insolación o una imperdonable intención de burlarse de nosotros. Volvió a decirlo, con un parpadeo de absoluta inocencia.

¿Era posible? ¿Cabía la posibilidad de que Sergio supiese la manera en que podíamos hacernos de un campito? Nos costaba creerle. Esa noticia sonaba igual de inverosímil que si el tipo nos hubiera dicho que era amigo personal de Mario Alberto Kempes, o que era capaz de cruzar la avenida Irigoyen con los ojos vendados y sin que lo aplastaran los camiones. Le exigimos aclaraciones y las brindó de inmediato.

Resultaba que sus tíos eran dueños del terreno de la esquina de Victorino de la Plaza, en el punto límite del barrio, pero adentro. Y que les había preguntado si podíamos usarlo y le habían dicho que sí; que si lo limpiábamos y cuidábamos, podíamos usarlo sin problemas. La explicación de Sergio sonaba tan sincera que no nos pareció que tratase de engañarnos. Además, si realmente nos estaba tomando el pelo, siempre nos quedaba el recurso de hacerle pagar la broma moliéndolo a patadas. Y difícilmente el tierno infante estuviese dispuesto a correr semejante riesgo.

De manera que ahí nos fuimos, a inspeccionar nuestro dominio recién adquirido y los trabajos necesarios para ponerlo en condiciones. Era un terreno en esquina, bastante grande, rodeado por un alambrado alto y cubierto de ligustro. En un costado se podía pasar saltando un portón de madera cerrado con candado. Hasta los más escépticos tuvimos que aceptar que era, verdaderamente, la tierra prometida. Sobre

uno de los lados, además, alguien había plantado un par de naranjos, a unos cinco metros uno del otro. Estaban apestados y se habían ido en vicio, pero nosotros no los queríamos para comer naranjas sino para que sirviesen de postes para un arco. Dicho sea de paso, ese arco nunca resultó una maravilla: los árboles no tenían un tronco único que saliese recto hacia arriba, sino un montón de ramas gruesas que se abrían desde el tronco hacia los lados, muy abajo. Cada "poste" por lo tanto, era un berenjenal de ramas, y era una discusión perpetua entre atacantes y defensores, cuando la pelota pegaba en esas ramas, decidir si cobrábamos gol, rebote en el palo, córner o saque de arco. Los que atajaban ahí, además, sufrían especialmente. A todos nos maravillaba el modo en que el Pato Fillol, arquero de la selección campeona del '78, volaba de palo a palo sacando balones imposibles de los ángulos. Pero cuando nos poníamos a imitarlo en ese arco, indefectiblemente terminábamos llenos de raspones, estrellados contra el ramerío como mariposas en el radiador de los micros de larga distancia.

De todas maneras, teníamos problemas más urgentes: el terreno estaba abandonado desde hacía mucho tiempo, y donde no crecían los yuyos tan altos como nosotros se acumulaban montañas de basura abandonadas ahí desde tiempo inmemorial. Como nos sobraba de voluntad lo que nos faltaba de herramientas, los más grandes nos pusimos a arrancar los yuyos con las manos. Y pusimos al personal a nuestras órdenes —es decir, los pibes más chicos— a cargar manojos de basura hasta el cordón de la vereda. Cuando la fatiga amenazaba con derrotarnos —nuestros jóvenes esclavos amagaban a dejar el trabajo y parecían inmunes a todas nuestras amenazas, y los mayores teníamos las manos enrojecidas cuando no ampolladas—, el papá d e Nicolás vino a salvarnos: trajo la máquina de cortar pasto, un cable de cincuenta metros para enchufarla en lo de un vecino, y dos machetes enormes y filosos para atacar la espesura.

Mientras su papá se dedicaba a manejar el catafalco y a gritarnos que no pisásemos el cable a riesgo de "quedarnos pegados" —recuerdo que en mi niñez me costaba conciliar la noción de electricidad con la de pegamento—, Nicolás y yo nos dedicamos a sacudir los machetes en el yuyal con mucho más entusiasmo que conocimientos. Creo que nunca estuve tan cerca, a lo largo de mi vida, de perder unos cuantos dedos de las manos.

Nos llevó un par de tardes dejar todo limpio y lo suficientemente liso como para que la pelota rodase. Desde entonces, el "campito de Sergio" se convirtió en nuestro campo de juego. Y pudimos jugar a salvo de los colectivos y de las viejas deseosas de dormir la siesta.

Pero, como en la vida no existen las soluciones perfectas, tuvimos que aprender a convivir con la palmera.

Y ahora regreso al principio de este relato, para repetir que no hay un árbol peor para que te crezca en un campito, que una palmera. De entrada, como tantas cosas en la vida, nos pareció inocente, inofensiva. Claro que la vimos. Como para no verla. Enorme. Altísima. Tan gruesa que no alcanzábamos a rodear su tronco con los brazos. Con el penacho de hojas pinchudas en la cima, y el tronco áspero y recto, sin ningún sitio para agarrarse e intentar treparla.

Nos bastaron unos cuantos partidos para darnos cuenta de que la dichosa palmera era una devoradora insaciable de pelotas. Siempre sucede, cuando uno juega al fútbol en la naturaleza, que algún jugador rústico te cuelga el balón en las ramas de un árbol. Es inevitable. Pero, cuando sucede, uno supone que tarde o temprano conseguirá recuperar la pelota. Trepando por las ramas, haciéndose pie con los amigos, tirándole cascotazos, sacudiendo el follaje… Esas estrategias funcionan en todo tipo de árboles: en sauces, en pinos, en fresnos, en paraísos, en tilos, en cedros. Pero son inútiles cuando se trata de una palmera. Porque la pelota se encaja allá arriba, en el centro del penacho ese de hojas pinchudas, y salvo que uno tenga un helicóptero no hay modo de llegarle a ese corazón lleno de trampas. Escalar el tronco es imposible. Tirarle piedrazos es inútil. Y zarandear las ramas, impracticable, porque como mucho lo que vas a lograr es que se desprenda una y se te venga encima con todas esas agujas filosas que te pueden dejar cosido a pinchazos.

Parece mentira cómo la vida parece dispuesta a torcer sus caminos. Porque nosotros, que con el campito de Sergio nos habíamos librado de los reventones de pelotas bajo las ruedas de los colectivos, empezamos a verlas desaparecer en las fauces hambrientas de la maldita palmera. Cuando a los arqueros desprevenidos se les daba por sacar alto, las caras de todos quedaban estáticas clavadas en el cielo. El aire se quedaba quieto y dejaban de escucharse los sonidos, salvo algún aullido de pánico mal contenido. Si el balón pasaba lejos de la palmera, o si le tocaba la punta de las ramas y caía, festejábamos con aplausos y seguíamos el partido. Pero si con un rumor verde el balón se encastraba en las alturas, nos agarrábamos la cabeza o nos quedábamos quietos y fríos, a medida que nos colmaba el desconsuelo.

Para disuadir a los arqueros irreflexivos establecimos una regla categórica: “El que cuelga, garpa”. Y como “dura lex, sed lex” —ese dicho no es de Abuelita Nelly, porque nunca supo latín—, los incautos se acostumbraron a la fuerza a sacar con la mano y más bien bajito. Pero el fútbol tiene pulsos y exigencias que van más allá de los deseos de los hombres, y de tanto en tanto, algún balón irreflexivo partía, como un cañonazo, hacia el infierno final de la cima del árbol asesino.

Nuestra guerra contra la palmera empezó a terminar un día como cualquiera, cuando nos topamos con un cartel sobre el alambrado. “Se vende”, en grandes letras blancas, y el apellido y el teléfono de un martillero de la zona. Consultamos a Sergio sobre el asunto y resultó que el campito no era de Sergio ni de los tíos de Sergio ni de

ningún miembro de la parentela de Sergio. Como éramos indulgentes, no lo fajamos por haberse mandado la parte en vano. Y como éramos optimistas, seguimos jugando sin detenernos a pensar en el día en el que, tarde o temprano, nos arrebatarían el campito.

Unos meses después llegaron unos obreros que construyeron una empalizada. El dueño legítimo del terreno lo había vendido para construir unos dúplex. Y nosotros, dispuestos a encontrar rastrojos de alegría en la desgracia, optamos por ver el lado bueno: nos quedábamos para siempre sin campito, pero para construir los dúplex iban a tener que derribar a nuestra enemiga, y nosotros recuperaríamos de un saque todas las pelotas que a lo largo de tres años la palmera nos había ido arrebatando.

El día fijado para la tala estuvimos todos. Encaramados en una medianera, vimos a los obreros rodear el tronco con sogas gruesas y emprenderla a los hachazos. Cuando horadaron la mitad del diámetro enorme, cincharon todos juntos para torcer el tronco y quebrarlo como el espinazo de un dinosaurio o de un gigante. No nos tembló un músculo cuando la palmera golpeó contra la tierra: esos no eran días de conciencia ecológica sino de pura y simple venganza.

Después del topetazo feroz contra el suelo, los operarios nos permitieron acercarnos. Vimos, por primera vez, el alto corazón de la bestia: el enmarañado centro del follaje, un par de nidos abandonados, un amontonamiento de frutos y semillas, el imán hambriento que se había engullido cada uno de nuestros balones. Con cuidado, para no clavarnos las agujas atroces de las hojas, estiramos los brazos para recuperar las pelotas perdidas.

Y con un asombro en el que se mezclaban el horror y la admiración, comprobamos que la palmera había vuelto a derrotarnos. Después de meses, de años de tenerlas suspendidas ahí arriba, a sol y sereno, empapadas de lluvia y resecas en los soles del verano, todas, absolutamente todas, las doce o quince pelotas que encontramos estaban inservibles: con los gajos rotos, el cuero podrido, las costuras abiertas, las cámaras desintegradas.

Para irnos, saltamos por última vez el portón de madera del campito. A medida que pasábamos las piernas por encima de los listones, echamos un último vistazo al gigante abatido. Los obreros se disponían a cortar el tronco en pedazos, a separar las ramas para apilar los restos en el cordón de la vereda. Eso sí: entre todos cargamos con nosotros los restos, inservibles y despellejados, de todas las pelotas. Aunque la palmera nos hubiese ganado, también, esa última batalla, no íbamos a obsequiarle, además, el placer postrero de quedarse con todos nuestros muertos.

COLECTIVOS

Una de las mejores cosas que tenía el barrio de mi niñez era que, por la esquina de mi casa y todo a lo largo de Blanco Encalada, pasaba el colectivo. En esos tiempos de autos escasos y cuadras silenciosas, que por esa calle angosta y mansa apareciesen, cada quince o veinte minutos, esas moles rugientes y veloces, a nosotros nos parecía una aventura y un privilegio.

La línea era —sigue siendo— la 238. Lo decíamos cortado, como si fuera un número de teléfono que uno separa según su gusto: todo el mundo la llamaba “dos treinta y ocho”. No decíamos “doscientos treinta y ocho”, como hubiera correspondido. A unas cuadras pasaba el 136 y, tampoco sé por qué, la gente lo decía bien: “Ciento treinta y seis”.

Las dos líneas pertenecían a empresas diferentes: la 238 era de “Transportes Unidos de Merlo”. La TUM, para los íntimos. La 136 era de “Transportes del Oeste”. Los 238 eran rojos, los 136 eran celestes. En mi escuela cada empresa tenía su hinchada y sus fanáticos. Sosteníamos debates acalorados —y estúpidos— sobre cuál de las dos empresas era mejor, cuál hacía un recorrido más largo, cuál tenía colectivos más nuevos y mejor pintados. En mi barrio, por supuesto, todos éramos hinchas del dos treinta y ocho, y reconocíamos cada interno (el interno es el número chiquito que tienen al lado de la puerta y en la parte de atrás, y que lo identifica dentro de la empresa) a dos o tres cuadras de distancia. Verdaderos peritos en la materia. Festejábamos la compra de un colectivo nuevo como si fuera un éxito personal o de toda la barra, y en la escuela nos llenábamos la boca como si la enorme flota nos perteneciera. En realidad, eso de “enorme flota” nos quedaba un poco grande. Lo cierto es que la TUM era mucho más chica que la Transportes del Oeste, y hacía un recorrido minúsculo, comparado con el del 136, y sus internos lucían en general una cierta tendencia al destartalamiento. Pero el amor es el amor, y no conoce de razones. De manera que estábamos siempre dispuestos a defender al 238, con verdades, con mentiras o a puño limpio, si hacía falta.

Yo tenía un motivo personal para querer al 238, que no compartía con mis demás amigos salvo con Esteban: sus colectivos eran rojos, completamente rojos, parecidísimos a la camiseta de Independiente.

Los veíamos aparecer cuando doblaban desde Victorino de la Plaza (justo pegándole la vuelta al campito de Sergio). Giraban en segunda y en seguida metían tercera, con una aceleración que nos parecía pavorosa y mientras proferían sonidos de exterminio. Llegando a la esquina de Guido Spano (donde una de las cuatro casas era precisamente mi casa) soltaban la cuarta velocidad y aceleraban todavía un poco más.

Cruzaban esa esquina como si lo único que pudieran tener por delante fuera el porvenir. Eso sí, tocaban un largo bocinazo a diez metros de Guido Spano, como buques a punto de adentrarse en la niebla espesa de mares inhóspitos, como única precaución por si algún incauto tenía la mala idea de venir hacia la esquina por esa otra calle.

Porque allí se ponía en juego la otra mitad de la historia. Desconozco el motivo, pero en el Castelar de los años setenta los automovilistas tenían una peligrosa tendencia a considerarse solos en el mundo. O solos en la calle, por lo menos. Y afrontaban las esquinas con una confianza ciega en la benevolencia del destino. También ellos se conducían como si lo único que pudiera existir por delante fuese el futuro. Tal vez había en esa época tan pocas cuadras pavimentadas en Castelar que los conductores querían experimentar un poco del vértigo de la velocidad. O tal vez el aspecto inofensivo de las veredas arboladas disipaban hasta la propia noción del peligro. O todos éramos tan cándidos e ingenuos que suponíamos que nada demasiado malo podría jamás ocurrirnos. Lo cierto es que los autos que venían por Guido Spano lo hacían con el mismo desparpajo, con la misma estúpida confianza que los colectivos.

La consecuencia lógica e inevitable era que, cada dos por tres, colectivos y autos se pegaban unos virulazos de padre y señor nuestro. Desde el interior de nuestras casas, el universo de los sonidos se torcía y nos anunciaba el desastre: en lugar de escuchar el rugido creciente del 238 lanzado a sesenta por hora, oíamos un chillido sobrecogedor, un raspar helado de neumáticos sobre el asfalto, y un topetazo brutal de metales descalabrados y cristales hechos trizas. Entonces los pibes abandonábamos todo, cualquier cosa que estuviéramos haciendo, deberes, juegos, televisión o merienda, y corríamos a la calle al grito de “choque”, “choque”. Aunque no podíamos confesarlo —porque nuestros padres nos decían que no había que alegrarse de la desgracia ajena—, el espectáculo de los choques nos encantaba, nos seducía, nos emocionaba y nos conmovía.

La ventaja de vivir en la esquina era que podía llegar antes que cualquiera de mis amigos, y conseguir un lugar privilegiado en la creciente ronda de curiosos. El automovilista siempre era el primero en bajarse, con expresión desorbitada y ademanes enlentecidos. Con paso inseguro, daba dos o tres vueltas alrededor de su vehículo, golpeándose los muslos o la frente, con cara de “no puedo creerlo, me hizo pelota el auto”. Los colectiveros, en cambio, se manejaban con una calma admirable. Duchos en estos avatares viales, los tipos bajaban a las cansadas, como aristócratas o pontífices, después de haber permanecido largo rato todavía sentados al volante de sus naves repentinamente inmóviles, con la espalda recta y la mano derecha abandonada sobre la expendedora de boletos que se usaba antes de las máquinas para monedas. Vistos así, desde nuestra modestia de peatones, sus ojos fijos en algún

punto indefinido del horizonte, la respiración calma y el gesto inescrutable, uno podía confundirlos con comandantes de una escuadra de tanques, en plena batalla en el desierto. Recién cuando se sentían listos y dispuestos, descendían taconeando sobre los escalones de chapa, mientras la corbata azul se les balanceaba como un péndulo sobre la camisa celeste.

Para entonces, todo el barrio se había hecho presente. No faltaba el comedido que ofreciera hielo para los contusos, consuelo para las señoras angustiadas o recomendaciones para las averías. Es verdad que en aquellos tiempos uno veía con frecuencia a todos sus vecinos. Pero a nosotros nos maravillaba verlos a todos ahí, al mismo tiempo, hermanados en la contemplación de la tragedia y en el comentario de sus causas y sus efectos.

Era usual que el encuentro cara a cara entre automovilista y colectivero derivase en un recíproco achaque de responsabilidades. “Fue culpa suya”, “¿Qué? ¿Cómo dice? ¡Culpa suya!” y así sucesivamente, hasta que la cosa se deslizaba al terreno de los insultos. Esa era para nosotros una de las mejores partes de la ceremonia. Escuchar, hilvanadas una tras otra con una precisión litúrgica y proferidas con la entonación estentórea del Himno Nacional, todas las malas palabras que nuestros padres nos tenían solemnemente prohibidas, era un deleite mayúsculo.

Tarde o temprano los ánimos se calmaban y los contendientes volvían a sus vehículos a buscar los papeles que necesitaban para denunciar el siniestro a las compañías de seguros. Esa sección ya nos aburría. De manera que los chicos nos lanzábamos, como buitres con escaso disimulo, a revisar el asfalto palmo a palmo, en busca de algún trofeo. Los vidrios en general no, porque en nuestras casas nos los tenían prohibidos. Pero en una de esas podíamos hallar un farolito lateral, un trozo de pintura saltada o el tesoro de todos los tesoros: una de esas insignias metálicas —ahora son de plástico— con la marca y el modelo del auto, que casi todos tenían en los guardabarros delanteros o sobre el paragolpes de atrás.

No nos parábamos a considerar que esa liturgia reiterada pudiese encarnar un peligro para nadie. La muerte era, entonces, algo que solo sucedía en los diarios o en las películas de guerra.

Y si el choque se producía un sábado —no digo un domingo porque creo que los domingos había tan poco movimiento callejero que la probabilidad de que se cruzaran dos en mi esquina era directamente nula—, la cosa tenía el atractivo adicional de que mi papá estaba en casa. Y si mi papá estaba, asumía siempre un rol protagónico. Odiaba a los colectivos con un fervor, con una enjundia, con una entrega, dignos de un fanático o un apóstol. Los acusaba de destrozar el pavimento, de meter un batifondo insufrible, de correr a velocidades imprudentes. Más de una vez intentó juntar firmas de los vecinos para reclamar en la intendencia que cambiasen el recorrido, que disminuyeran la frecuencia o que les prendieran fuego a

esas máquinas del demonio.

Y como las autoridades nunca jamás le llevaron el apunte, cuando los choques le ponían a tiro, cara a cara, a un colectivero, no perdía la oportunidad de hacerlo objeto de su ira y su venganza. Y salía de mi casa más rápido que yo mismo, dispuesto a hacerles pagar a esos imprudentes cada uno de sus atropellos. Me generaba una admiración lindante con el miedo ver a mi papá, con el dedo índice en alto, arengando a las masas de peatones y automovilistas contra esa plaga homicida que, a su santo criterio, constituían los colectiveros.

Yo no lo vi, pero me contaron que una vez se fue a las manos con un colectivero que lucía un pucho en la comisura de la boca y que resultó demasiado sensible a sus críticas. Todavía hoy lamento habérmelo perdido. Parece que mi padre lo trató, iracundo, de “delincuente”. Eran otros tiempos, en los que había tanta gente honrada que decirle a otra persona que era un delincuente constituía, de verdad, un insulto. No sé quién ganó la dichosa pelea. Pero como es un recuerdo hecho a la medida de mis deseos, y por lo tanto un poco más mentiroso que los otros, me tomo la libertad de construirlo como quiero.

Me gusta imaginármelo a mi papá así: con su uniforme de los sábados consistente en pantaloncitos cortos, camisa sport y calzado con chinelas, con sus cuatro pelos locos desordenados en el tole tole, lanzándole iracundos y certeros manotazos a un colectivero de la dos treinta y ocho que termina por huir despavorido hacia las alturas de su castillo de hierro, mientras el público presente aplaude la venganza del odontólogo justiciero.

Podrá decírseme que el recuerdo no es precisamente la verdad, y es cierto. Pero, a fin de cuentas: ¿existe alguna utilidad mejor, para nuestros recuerdos, que embellecer las acciones de aquellos a quienes hemos amado?

EL DIABLO CON UNA SOLA MEDIA

El mejor lugar para nuestro fútbol callejero era a mitad de cuadra, sobre Guido Spano: poco tránsito, arboleda frondosa y buenas franjas de alquitrán para usar como líneas de fondo y como límites de las áreas. Blanco Encalada, con sus colectivos, quedaba tranquilizadoramente lejos, y solo muy de tanto en tanto algún despeje demasiado rústico ponía los balones en peligro. Poníamos cascotes para los arcos y marcábamos la línea de gol con un filo de ladrillo. Podían pasar horas sin que un auto nos interrumpiera. Si pasaba alguno, el primero de nosotros en verlo debía gritar para que los demás se quedaran quietos. Supongo que éramos un raro espectáculo para el conductor del auto: diez o doce pibes, haciéndole apenas sitio para que pasara, quietos como estatuas de sal.

La calle Guido Spano era un remanso de paz, pero de paz aparente. Porque encerraba, como esas aguas cristalinas y tibias que ocultan hambrientos tiburones, el peligro bestial de Alejandrito Miranda.

Supongo que todos los barrios, en su folclore, tuvieron el suyo: ese ser despreciable, empeñado a toda costa en estropear el sano esparcimiento de los chicos. Miles de viejos cascarrabias, legiones de solteronas irascibles, regimientos de gordas intolerantes poblaron, alguna vez, las calles de los barrios. Y persisten, todavía, agazapados en nuestros recuerdos más oscuros. Desde el limbo de nuestras pesadillas, aún alzan un puño iracundo, fruncen el ceño en un gesto amargo, vociferan impiadosos “¡Rajen de acá, mocosos del demonio!”.

Ahora bien, sin ánimo de pasar por jactancioso, me atrevo a desafiar al lector: dudo mucho que haya tenido que enfrentarse con un enemigo de la talla de Alejandrito Miranda. Y ojo que lo que digo de su talla no lo hago en sentido figurado: el tipo medía cerca de dos metros, y tenía unos brazos de orangután que terminaban en manos con aspecto de tenazas que hacían temblar al más pintado. Y la cara tampoco lo ayudaba. Corrijo, en realidad, para lo que él se proponía —aterrorizarnos hasta la parálisis—, sí que lo ayudaba: esa expresión de loco, ese aura de criatura tenaz y sanguinaria. Si uno tenía la desgracia de topárselo frente a frente, si uno se daba de bruces con esos ojos fríos y negros como el caño de un revólver, solo le quedaban dos opciones: echarse a correr o echarse a llorar.

No sé si el lector se hace una idea del monstruo que estoy describiendo: no estoy hablando de un viejo artrítico ni de una vecina torpe de andar y entrada en carnes. Hablo de un hombre en la plenitud. Andaría por los treinta o los treinta y cinco años. Era flaco y lo sospechábamos ágil. Esos brazos como tentáculos parecían más que eficaces para perseguir, atrapar y triturar, en cuestión de segundos, el delicado

espinazo de un niño. No sé si soy suficientemente claro: Alejandrito Miranda era un predador nato. En comparación, enfrentarnos con viejos gruñones o con gordas irascibles hubiese sido como enfrentarnos a la madre Teresa de Calcuta. Además, Alejandrito nos odiaba con una dedicación exquisita. Era de esos adultos que encuentran un placer inagotable en infundir temor en los chicos. No fue el único que conocí, de semejante calaña. Pero como fue el primero su rostro me quedó grabado para siempre: los ojos helados, las cejas partidas, los labios en una mueca de amenaza perpetua.

Muchas veces, entre los pibes, hablábamos de él. Como siempre es más emocionante lo que imaginamos que lo que en realidad sucede, en las anécdotas truculentas que compartíamos solíamos mezclar lo que sabíamos a ciencia cierta con escenas de las películas de terror que daban los sábados a la noche y con nuestras más floridas pesadillas. Y el producto era al mismo tiempo tétrico y atrayente. Estábamos convencidos de que envenenaba perros ajenos y los enterraba en el jardín del fondo, de que escuchaba long-plays de música satánica y de que pintaba extraños símbolos herméticos en una de las habitaciones de su casa.

Otras versiones menos fantasiosas —y menos divertidas—, que nos llegaban a través de los mayores, lo pintaban como un treintañero vago y levemente excéntrico, que vivía con la mamá y se consideraba becado con la pensión de viuda. Hoy por hoy, que un grandulón de dos metros y treinta años se haga llamar “Alejandrito” y siga viviendo con su mamá es pan de todos los días, pero en los años setenta esa circunstancia nos sonaba extraña. Alejandrito Miranda nos hacía acordar a esas criaturas siniestras que los villanos de las películas a terror mantienen en oscuras mazmorras para acentuar su salvajismo y usan como sicarios para encargos imperdonables.

Y ahora retomo el hilo de lo que contaba al principio: porque precisamente a mitad de cuadra de la calle Guido Spano, en ese lugar inmejorable para jugar al fútbol a la hora de la siesta, estaba la casa de Alejandrito Miranda. Y para nosotros eso era casi una burla del destino, un sarcasmo de Dios.

Para peor, el energúmeno estacionaba con frecuencia su auto en la calle. Y el auto ese era, para él, la porción más entrañable del universo entero. Alejandrito era de esos tipos que entablan con su auto una relación casi física, de ensoñación y de ternura. Y, como jamás trabajaba, tenía tiempo de sobra para lavarlo, pulirlo, lustrarlo, mimarlo y enternecerse contemplándolo. Concedamos que era un lindo auto: un Peugeot 504 blanco e impecable, que seguramente era la envidia de vecinos más trabajadores y con menos tiempo libre.

Pero a nosotros el auto nos importaba un cuerno o, más bien, el auto era un obstáculo: uno no puede armar una cancha en la calle con semejante artefacto en el

medio. A veces nos demoraba el inicio de los partidos, porque había que esperar a que Alejandrito saliese de su casa para poner los cascotes. Otras, nos cortaba el match en el momento más inoportuno, porque retornaba a su hogar y nos plantaba su joya en pleno mediocampo. Y por más que eso nos enfureciera, no éramos suicidas: creo que si alguna vez le hubiésemos pegado un pelotazo al Peugeot, este libro no existiría, porque Alejandrito nos habría asesinado en masa, como hizo, en esa época, el loco de Jim Jones con su secta de Guyana. De modo que cuando nos estacionaba en plena cancha no quedaba otra acción que tragar saliva para deglutir la indignación, levantar los cascotes y mudar la cancha a otro sitio.

Una sola vez nos atrevimos a desafiarlo. Era la hora de la siesta, y el resto de la calle Guido Spano estaba inusualmente cargado de autos estacionados. Quedaba libre, eso sí, un hermoso espacio de veinte o treinta metros a la mitad de la cuadra. Libre, descontando el maldito Peugeot de Alejandrito Miranda. Con el auto diez metros más allá, pegado a los otros, la cancha quedaba perfecta. No sé de quién fue la idea de empujar el auto para sacarlo del medio. O de quién fue la valentía como para decir que sí y convencer a los demás. Lo cierto es que allí fuimos y en disciplinado pelotón nos pusimos a empujar la joya de la corona. Como estaba en punto muerto, el Peugeot se deslizó con la suavidad de un trozo de manteca a medio derretir sobre una sartén caliente. Concluida la operación, nos pusimos a jugar con la inocencia y la naturalidad de Adán antes del asunto aquel de la manzana.

No habían pasado ni veinte minutos cuando nos paralizó un rugido. De las profundidades de su casa, ataviado apenas con un calzoncillo y una media (no sé por qué, y claro que jamás se me ocurrió preguntarlo, pero el tipo vestía una sola media), emergió Alejandrito al grito de “¡Chorros, chorros, me afanaron el auto!”.

Tal vez acababa de despertarse de su siesta, o a lo mejor una oscura intuición lo hizo interrumpir el sueño. Para el caso es lo mismo. Alejandrito seguramente se había asomado por el visillo del garage y habia notado que la carne de su carne no estaba en su lugar. Por eso el alarido enajenado y la frenética irrupción en paños menores. Apenas vio que su bebé se encontraba sano y salvo, veinte metros a un costado, detuvo su carrera en paños menores y giró la cabeza hacia donde estábamos nosotros, paralizados de miedo y de sorpresa. Sus ojos quemaban el aire.

Creo que el lector convendrá conmigo en que el tal Alejandrito era un ingrato. Porque, cuando avanzó unos pasos en la vereda y divisó, ahí nomás, a unos metros, a su bendito Peugeot tan campante y enterito, lo lógico hubiese sido que se alegrase y le agradeciera al Señor la buena nueva. Durante cinco segundos había pensado que se lo habían robado y sin embargo ahí estaba su precioso Peugeot, sin un rasguño. ¿No era motivo más que suficiente para ponerse contento?

Nosotros supusimos que sí, pero nos equivocamos. Porque en lugar de decir algo alegre, al estilo de “Qué suerte, ahí está mi auto”, o algo así, Alejandrito nos miró

iracundo y vociferó “¡Los voy a cagar a patadas en el culo, mocosos del diablo!”, mientras cerraba los puños y ponía los brazos en jarra, en un gesto igualito al que poco después inmortalizaría Lou Ferrigno en la exitosísima serie de “El increíble Hulk”.

Debo reconocer que nuestra retirada careció de método y de elegancia: cada cual rajó como mejor pudo, como cucarachas al encenderse la luz. Tal vez en otra ocasión, en alguna de las historias de este libro, pueda limpiar un poco mi honor y el de mis amigos, narrando la venganza que alumbramos para la Nochebuena siguiente. Pero hoy no sería justo. Aunque me duela, el relato debe detenerse aquí: con Alejandrito en calzones y con una sola media puesta, dueño y señor de la vereda de la calle Guido Spano, mientras nosotros disparamos cada cual a su cucha para ponernos a cubierto.

Agrego un último trazo, que me asalta ahora que termino este recuerdo. No hace mucho, después de visitar a mi mamá en la que fue mi casa, caminé hasta la parada del 238 en la esquina de Guido Spano. Mientras esperaba, sentí crujir una ramita a mis espaldas. Me di vuelta. Un escalofrío súbito me recorrió la piel. Allí, de pie frente a mí, estaba Alejandrito, con sus dos metros de fiera incandescente y sus ojos satánicos, escrutándome a pocos pasos de distancia. Cuando estaba a punto de echarme a correr o a llorar, Alejandrito abrió la boca. “Buen día”, dijo. Y después se apoyó en un tapial para esperar, él también, el colectivo.

Dudé un poco, hasta que por fin entendí. Habían pasado veinte años y yo ya no era un chico, de modo que carecía de motivos para odiarme. A mí me hubiese gustado decirle algo, devolverle un poco de su crueldad inútil, de su patético sadismo suburbano. Pero no me animé. Claro: yo estaba solo, y esa ya no era mi cuadra. Entonces comprendí que cuando uno está sin sus amigos no tiene a quién pedirle prestada la valentía.

LA CASA ABANDONADA

La casa era tan vieja que la habían construido antes de trazar las calles, y antes de que Castelar se llamase Castelar. Decían que había sido el casco de una estancia o una quinta gigantesca. Lo cierto es que después, cuando lotearon todo, la casa quedó arrinconada contra la esquina de una manzana y no quedó lugar para la vereda. A duras penas, entre el cordón del asfalto y el seto de ligustro, se abría un sendero escuálido de medio metro de ancho. De todos modos, como cada cinco metros habían plantado un paraíso, no había manera de caminar por ahí sin hacerlo por la calle, como si la casa tomase, con cada transeúnte, una muda y digna venganza contra todos los horrores del progreso.

Sobre el porche se leía el año de construcción, en un bajorrelieve de yeso: “1912”. Siendo muy chico, cada vez que pasaba de ida o de vuelta, hacia el almacén o el despacho de pan, me detenía a mirar esos números grabados. Me parecía imposible que existiera algo tan viejo. Yo sabía que el mundo era un sitio mucho más antiguo. Pero lo sabía a través de los libros o de lo que decían las maestras. Esa casa era la cosa más vieja que yo había visto, o eso creía. En realidad, Abuelita Nelly había nacido en 1907 y era cinco años más vieja que esa casa. Pero como mi abuela no tenía la fecha escrita en ningún lado me resultaba improbable datarla tan lejos en el tiempo. Además, mi abuela sonreía a menudo, cocinaba riquísimo y cuando venía de visita desde Flores me traía chocolates, y todo eso le otorgaba un aire irrenunciable de juventud y lozanía.

La casa no. En ella vivían dos mujeres solas, madre e hija, pero nadie las veía nunca. La madre —decían— era una anciana que no salía jamás a la calle. La hija era maestra, pero nunca la vi. La casa parecía dormir. Por entre los ligustros se veían de vez en cuando los postigos abiertos en las enormes ventanas laterales, o la ropa tendida en una soga, al fondo del jardín.

En la primavera de 1978, y mientras gastábamos la tarde con los chicos en la vereda de mi casa, vimos un inusual movimiento en esa esquina. Gente que entraba y salía. Algunos hombres de traje, que fumaban junto al portón. En el barrio las noticias viajaban rápido. Era un velorio. Decían que el de la vieja, aunque alguno sostenía, en disidencia, que la que había muerto era la hija. Dijeron además que la velaban ahí, en la propia casa, en la sala principal que daba al frente, a ese porche que tenía el 1912 grabado en el dintel. Algunos fueron a cerciorarse. Volvieron asegurando que era cierto. Que habían puesto el ataúd en el living, nomás entrando. Me dijeron de ir, pero me hice el tonto, porque sabía demasiado bien de qué se trataba todo aquello.

Con los más rezagados nos acercamos nomás al atardecer, cuando se hizo la hora

del entierro. Estacionaron como cinco Ford Fairlane, azul metalizado, sobre la calle Guido Spano. Volví a pensar que era una locura que usaran esos autos tan lindos para algo tan feo como llevar a alguien muerto al cementerio. El auto largo, el que se usa para transportar los ataúdes, atravesó el portón hacia la casa, y estacionó sobre las baldosas amarillas y marrones de la explanada, justo delante de la puerta. Desde el ligustro vimos cómo algunos hombres cargaban el ataúd, una mujer lloraba, y todos salían en caravana mientras se escondía el sol.

Olvidamos la casa por un tiempo, hasta que nos llamó la atención lo altos que estaban los yuyos. Alguno reparó en que los postigos no habían vuelto a abrirse. Y cuando metimos la cabeza por entre el ligustro para espiar, vimos los techos altísimos, las ventanas idénticas y estrechas, pero nada más. Algunos decían que la casa estaba abandonada. Otros decían que la hija todavía vivía en esa casa, pero no estaba casi nunca. Otros decían que era la vieja la que seguía con vida, y que aguardaba en la sala a oscuras, esperando al primer incauto que se atreviese a entrar, para matarlo del susto.

Unas semanas después ocurrió lo del perro. Lo vi por primera vez un mediodía, mientras volvía caminando de la escuela. Era un caniche negro, que yacía de costado justo en la esquina, entre los pastos, a un lado del portón. Casi no podía moverse, y tenía las fauces abiertas y cubiertas de espuma. Fue el único animal que vi morir de rabia. Claro que en mi casa no dije nada. Esperé la hora de la siesta y salí a buscar a los demás. Salvo los que iban al turno tarde, vinieron todos. Ninguno quería perderse al perro moribundo. Hicimos un círculo alrededor del animal, que apenas se movía. Su abdomen subía y bajaba, cada tanto, cuando respiraba. Esperábamos verlo morir, pero no había sadismo alguno en lo que hacíamos. No éramos responsables de aquello. Nosotros no lo habíamos contagiado. No le habíamos hecho daño. Era una fatalidad que nos excedía, y que nos despertaba una recóndita y tácita piedad. Pero el asunto era entre el perro y su propia muerte. Supongo que si nuestras madres hubieran sabido que pasamos la tarde sentados en el suelo, formando una rueda sobre la vereda, alrededor de un perro negro que estaba muriéndose de rabia, nos habrían sacado de ahí entre aullidos de pánico. Pero no estaban. Recién nos levantamos y nos fuimos cuando estuvimos seguros de que el animal había dejado de respirar.

En los días que siguieron volvimos varias veces para ver, fascinados, la manera en que iba corrompiéndose el cadáver del caniche. Debe haber sido en invierno, porque pasaron varios días antes de que nos molestase de veras el olor. De todos modos ninguno propuso dejar de ir, porque nos atrapaba ese espectáculo macabro y porque ninguno quería pasar por blando delante de los otros. Por fin los vecinos se percataron de lo sucedido, corrió la voz, y nuestras madres nos prohibieron acercarnos a esa esquina, y no nos quedó otra que mentirles que obedeceríamos.

Como resultaron infructuosos los llamados que los vecinos colindantes hicieron al municipio para que retiraran los despojos, uno de ellos se armó de coraje, de un bidón de kerosene y de unos listones de madera, armó una pira y le prendió fuego. Después siguió arrojando desperdicios sobre las brasas hasta que no quedaron rastros del animal ni de su desgracia.

Lo del perro nos llevó a sumar uno más uno y concluir que la casa estaba abandonada. Nadie en su sano juicio hubiera podido aguantar el olor emponzoñado que se apropió durante todos esos días de la esquina. Los yuyos, que en el parque habían crecido hasta la altura de nuestras caderas, o las hojas de los árboles que se pudrían sobre la explanada, nos dieron la misma impresión.

No fueron los chicos de mi barra, sino otros más grandes, los primeros que se atrevieron a entrar. Forzaron la puerta de alambre que se abría en el ligustro, sobre el jardín del fondo, y se metieron adentro. Esa tarde hablaron de habitaciones vacías y malolientes, y de una sala donde persistía el hálito de la muerta. Naturalmente, nos corrió un frío por la espalda. Y naturalmente, nos juramentamos entrar. Nadie confesó que tuviera miedo, pero nos aseguramos de elegir un mediodía soleado, y de caminar bien cerca unos de otros, para alejar a cualquier espectro que hubiese quedado vagando por las habitaciones vacías.

Pasamos el portón de alambre, medio vencido por los empellones de los pibes más grandes que nos habían precedido, y avanzamos por entre los yuyos humedeciéndonos las pantorrillas. Entramos a la casa por atrás, porque los grandes habían forzado esa entrada y no la principal, que se veía desde la calle. Un pasillo atravesaba la casa de punta a punta, y a los lados se abrían todas las habitaciones. Lo primero que me llamó la atención fueron los techos. Eran altísimos. De tanto en tanto, los oscurecían tupidas telarañas, o enormes manchones de humedad, que bajaban por las paredes hasta el suelo. Vimos la pileta de la cocina partida en dos. Y una bañera, a la que le faltaba una pata, escorada contra una de las paredes del baño. Aunque entonces no lo entendimos del todo, nos llamó la atención la edad de ese abandono. Había empezado mucho antes de que muriera una de las mujeres, y de que la otra se fuera de la casa. Como si el caserón hubiera muerto antes, mucho tiempo antes, y hubiera ido corrompiéndose como le había ocurrido al perro. Aquí y allá quedaban algunos muebles. Una cama desvencijada, una cómoda rota, una silla con el asiento desfondado. Cargaban con el desamparo y la soledad que quedan en los objetos que nadie ha querido llevar.

Cuanto más avanzábamos hacia el frente, más oscura se volvía la casa. Los postigos de todas las ventanas permanecían cerrados y nosotros habíamos dejado el sol en el hueco de la puerta del fondo, a nuestras espaldas, cada vez más lejos. Cuando llegamos al salón principal, la penumbra era más honda todavía, porque los árboles del jardín delantero eran muy frondosos.

—Acá velaron a la muerta —dijo Esteban, que había estado el día del velorio, y nadie agregó palabra.

Avanzó hasta el centro y marcó una altura con las manos, un poco por encima de su ombligo.

—Acá pusieron el ataúd. Así. Con los pies para allá. Yo lo vi —supongo que disfrutaba de nuestro pasmo. Señaló una de las paredes—: ahí apoyaron esos cosos de flores que parecen escudos. La muerta tenía puesto un camisón blanco, todo así.

Acompañó el "todo así" con un gesto de frotar el pulgar con el índice y el mayor, como quien roza una tela finita, como un tul. Yo sabía que eso no era un camisón. De hecho sabía que su nombre correcto era mortaja. Y sabía que los arreglos florales no eran escudos, sino que se llamaban coronas. Pero contrariando mi costumbre de demostrar mis abundantes conocimientos teóricos permanecí callado. No quería demostrarles a mis amigos que yo era, de los que estábamos ahí, el que más de cerca había sido rozado por la muerte.

De todos modos esa muerte no dolía. Solo asustaba. Una muerte ajena, de una mujer a la que no habíamos conocido. Esteban nos hacía de guía y nos dejábamos llevar.

—Ahí los sillones con gente conversando. Ahí los tipos parados, que fumaban y hablaban en voz baja.

Nos quedamos lo suficiente como para que nadie pudiera acusarnos de miedosos, pero hicimos más rápido el trayecto de vuelta que el de ida, porque ahora teníamos la luz del sol llamándonos desde la puerta del fondo, y a nuestras espaldas se cernía esa sala oscura y húmeda en la que todavía se palpaban las ceremonias de la muerte.

Pero cuando ganamos el jardín enmalezado no nos fuimos. Rodeamos la casa hasta el frente, hundidos hasta la cintura en el yuyal y arriesgándonos a que alguien nos viese desde el portón de entrada. Esteban se plantó delante de una de las ventanas altas. Como todas las otras, tenía los postigos cerrados. Se agachó para recoger una baldosa floja, desprendida de su sitio por la presión de las raíces de los árboles. La sopesó en la mano derecha. La levantó y la arrojó contra los postigos. Saltaron algunos pedazos de madera podrida. Esteban levantó de nuevo la baldosa y volvió a tirarla, casi sobre el mismo sitio. Quedó un boquete un poco más grande que su mano. Forcejeó hasta que hizo saltar la traba y consiguió abrir los postigos, o lo que quedaba de ellos. Levantó la piedra por tercera vez. El ruido a vidrios rotos me erizó la piel. Alguno le dijo a Esteban que la cortara, que iban a retarnos. Pero lo hizo por cumplir, no porque de verdad quisiera detenerlo.

Enseguida Sergio empezó a imitarlo. Damián también. A los dos minutos eran varios los que se agachaban para aflojar baldosas. Las tablas de madera de los postigos saltaban de su sitio casi sin ruido. Soltaban un rumor apagado, como quien golpea un felpudo mojado, de tan podridas que estaban. Yo fui de los últimos, porque

hacía poco que andaba callejeando con mis amigos, y todavía me costaba un arduo trabajo interior caer en la tentación, portarme mal y disfrutarlo.

Pero cuando me decidí, me entregué al festín de piedras con alma y vida. Encaré una de las ventanas que seguían intactas y me aboqué a su destrucción con la energía de un converso. Cuando logré abrir la persiana, rompí con primorosa aplicación los diez paños cuadrados de vidrio repartido. No sé en qué pensaban los demás, por detrás de sus gritos y sus risas. Yo no tenía tiempo. Ni de gritar ni de reír. Necesitaba destrozar todos los vidrios. Y detrás de los vidrios, todos los ataúdes, las coronas y las mortajas.

Salimos disparados como liebres cuando escuchamos los primeros gritos de la vecina, aunque los yuyos enormes nos dificultaban la marcha y, de vez en cuando, nos hacían caer. Mientras me encaramaba en el portón de alambre, que ya casi yacía en el piso a fuerza de empujones sucesivos, me di vuelta para ver otra vez la casa. Ya no le tenía miedo, y creo que los demás tampoco.

Ojalá a la muerte siempre se la pudiese hacer recular así. A pura fuerza de pedradas.

BICICLETAS I

INTRODUCCIÓN

No sé si éramos demasiado ingenuos o si nos faltaba imaginación, pero muchos de nuestros juegos nacían de lo que veíamos en la tele. De la televisión uno obtenía enseñanzas fundamentales para jugar a la guerra o para besar a una chica o para convertirse en cantante melódico. Más de uno, estoy seguro, soñó con ser el nuevo Julio Iglesias, el más reciente Raphael o la reencarnación criolla del pianista Richard Clayderman. Y puedo jurar que miles de chicas que hoy tienen cuarenta y tantos años se pasaron horas frente al espejo ensayando las canciones y las coreografías de Rafaela Carrá.

Y en los deportes pasaba lo mismo. Después de ver un partido de fútbol de la selección argentina a uno le quedaba circulando tanta adrenalina por el torrente sanguíneo que sí o sí necesitaba salir a la vereda a patear una pelota fingiéndose Mario Kempes o Daniel Passarella. Con el boxeo no nos pasaba. Primero porque éramos un grupo poco dado a la beligerancia y, sobre todo, porque la época de oro del boxeo argentino estaba en el atardecer. Monzón, Galíndez o Nicolino Locche emocionaban a nuestros padres pero no a nosotros, y nos parecía un desperdicio de tiempo tener que esperar un montón de rounds para que alguno aterrizara en la lona.

Lo que no esperábamos del boxeo sí lo esperábamos del automovilismo. En esos años, Carlos Alberto Reutemann corría en la Fórmula 1 y toda la Argentina suponía que, tarde o temprano, tendríamos un nuevo campeón mundial. Nosotros habíamos oído hablar de Fangio, pero Fangio había sido campeón tanto tiempo atrás que sus carreras en blanco y negro nos parecían de otro mundo que no era el nuestro. Las de Reutemann, en cambio, nos llegaban en directo vía satélite, y con la televisión en color recién estrenada podíamos identificar las escuderías por el color de los autos. El rojo de las Ferrari, el negro de los Lotus, el celeste de Ligier, y así con todas. Y las carreras de autos nos entusiasmaban, sobre todo, porque, aunque no teníamos autos Fórmula 1 para reproducir las competencias, sí teníamos, de sobra, bicicletas.

No era solo por Reutemann que correr en bici era emocionante. Esas carreras incluían a las chicas y, a una edad en la que la compañía femenina nos entusiasmaba y atemorizaba, nos repugnaba y nos seducía con idéntica intensidad, correr en bicicleta nos obligaba a estar en su compañía sin remordimientos de género y a salvo de que cualquiera nos dijera “maricón”.

No obstante, esas carreras masivas eran un problema. Teníamos, doce, trece, catorce años, pero muchos tenían también hermanos más chicos, que se encaprichaban en participar. Es fácil desatender los reclamos de un hermano más

chico. Pero es difícil ignorar los reclamos de una madre, no tanto porque nos acuse de egoístas o de angurrientos (uno a esa edad puede tranquilamente lidiar con el acoso moral de una progenitora), sino porque es mucho más difícil escapar de la ecuación "o te llevás a tu hermanito a jugar con vos o te quedás adentro de casa". Fin de las opciones.

En consecuencia, la heterogeneidad de participantes en las competencias ciclísticas generaba un caos lastimoso: junto a los verdaderos profesionales del asunto —nosotros— estaban las chicas y, peor que eso, los mugrosos y entusiastas hermanitos menores.

Otra fuente de diversidad alarmante venía por el lado del parque rodante: había bicicletas de adulto y bicicletas de chicos, bicicletas de paseo y bicicletas de carrera, bicicletas con cambios y bicicletas sin esperanzas. Aunque todos nos movíamos, económicamente hablando, en una medianía parecida, había entre nosotros algún que otro potentado. Atemorizaba un poco, la verdad, cuando alguno de esos privilegiados se aparecía con una bicicleta nueva, con el cuadro brillante y las llantas cromadas. Esas bicicletas parecían aviones: livianas, aerodinámicas, ligeras, lo último del ciclismo mundial, a nuestro criterio. La ventaja, no obstante, era que en el barrio nadie era demasiado rico, y ninguno de los que tenían bicis nuevas estaba dispuesto a arriesgar la pintura flamante en pos de tomar una curva bien cerrada. Eso emparejaba las cosas. Los que teníamos bicicletas berretas podíamos emparejar, a fuerza de temeridad, la superior aerodinamia de nuestros rivales.

De todos modos, las carreras tenían un costado aburrido. Así como en el boxeo lo lindo de ver eran las piñas, en el automovilismo lo emocionante eran los sobrepasos. Esas carreras en las que nadie pasaba a nadie eran un bodrio. Y nosotros corríamos el mismo riesgo. Los varones más grandes picábamos en punta y el resto del pelotón quedaba desde el inicio a nuestras espaldas. Creo que fue a Fernanda —supongo que fue ella, o Pía, o Camila, porque el sistema era demasiado complejo e inteligente para que nuestras rudimentarias mentes varoniles lo hubieran alumbrado— que se le ocurrió el muy ingenioso sistema de pruebas clasificatorias a la inversa, para armar la grilla de partida.

En cualquier competencia normal existen esas pruebas de tiempo. Cada auto, en esas pruebas, intenta dar una vuelta lo más rápido posible, para empezar la carrera en la *pole position* o lo más cerca posible de ella. Pues bien, Fernanda sugirió que lo hiciéramos exactamente al revés. Cuanto mejor fuera nuestro tiempo en las pruebas clasificatorias, más atrás había que largar en la carrera propiamente dicha. Una especie de "*last position*" difícil de justificar frente a los ojos de los extraños. Tonto, pero emocionante: uno se pasaba todo el primer tramo de la carrera sobrepasando rivales y sintiéndose cada vez más invencible.

Otro aspecto importante de nuestras competencias era el circuito. Otra vez un

problema de madres. Como parte de los competidores no contaba con la autorización correspondiente, por su minoría de edad, para andar en bici por la calle había que correr, sí o sí, por la vereda. El lado bueno era que ese cuadrado tenía toda la apariencia de un circuito. Lo malo era el riesgo de que a algún adulto despistado se le ocurriera salir de su casa precisamente en el momento de la carrera. Sobre todo en la primera vuelta. Después era más sencillo porque el pelotón de ciclistas se iba desgranando. Pero…, ¿al principio?

Evoco nuestra imagen y debo reconocerle un costado intimidante. Veinticinco chicos en bicicleta, entre la línea de las casas y la de los árboles, lanzados a todo pedaleo como almas que persigue el diablo y sin la menor voluntad para tolerar obstáculos humanos que puedan entorpecer su camino hacia la gloria. Ahora lo pienso y me pregunto: ¿cómo fue que nunca matamos a nadie?

Y me veo obligado a concluir, como las vecinas que nos miraban crecer en las veredas: “Estos chicos deben tener un Dios aparte”.

BICICLETAS II

EL FACTOR HUMANO

A decir verdad, una vez estuvimos a punto de matar a una vieja en esas carreras enloquecidas con las bicis.

Le sucedió a Nicolás, en la esquina de Bahía Blanca y Mitre, y las dos cosas tienen mucha lógica. Es normal que le sucediera a Nicolás, porque tenía una bici de carrera que los padres le habían comprado y que le quedaba un poco grande. Los padres a veces hacen esas cosas, con la ropa o con las bicis: prefieren que al principio nos quede un poco grande, para que nos siga sirviendo cuando peguemos el estirón. Y cuando la bici es grande, frenar te cuesta el doble: por el envión que agarra la bici y porque, hasta que conseguís bajar un pie hasta el piso, seguís un par de metros por pura inercia y, llegado el caso, te llevás un obstáculo puesto. Y también es normal que sucediera en la esquina de Bahía Blanca y Mitre, porque Bahía Blanca a esa altura toma una pronunciada pendiente, y uno llega a la esquina en plena aceleración, no sé si me entienden.

El asunto es que el pobre Nicolás, al tomar a toda velocidad la curva de Bahía Blanca y Mitre, se topó con una anciana que venía de frente y sin aviso. La vieja llevaba una bolsa de compras, repleta, en cada mano, lo que aumentaba a todas luces la superficie del obstáculo. Mi amigo hizo la lógica: iba segundo o tercero, y frenar en esa circunstancia hubiera significado renunciar al triunfo. Y eso no estaba en nuestra naturaleza. Por eso optó por elegir el lado de la calle (una decisión no exenta de caballerosidad) giró apenas el manubrio y balanceó el cuerpo para acompañar el viraje.

Lo cierto es que estuvo a punto de lograrlo. Claro: “a punto” siempre implica el prólogo de un fracaso. Yo estuve “a punto” de ser futbolista profesional o “a punto” de ponerme de novio con Miss Castelar 1984 o “a punto” de ganar la lotería. Bueno, en los hechos eso significa que fracasé en los tres casos.

Pero es justo decir que Nicolás estuvo a punto de esquivar a la vieja: porque no la atropelló con la rueda delantera, no le cayó encima con todo el peso de su masa multiplicada por su empuje y la energía cinética resultante, sino que apenas enganchó con el extremo del pedal de su pie derecho la bolsa de compras que la vieja traía en la mano derecha. Hoy en día creo que los pedales de las bicis son distintos, pero en ese tiempo el único modo de asegurarlos sobre su eje era con un clavito transversal a ese eje, que solía engancharse en las zapatillas y los pantalones largos cuando uno no tenía el suficiente cuidado. Fue así que Nicolás se enganchó, apenas con el clavito del pedal, en la tela plástica de una de las bolsas de la vieja.

Pero claro, “apenas” tiene aquí el alcance opuesto al que tenía “a punto” un par de párrafos más arriba. Porque ese “apenas” fue suficiente para desestabilizar la marcha de Nicolás, y para alterar el centro de gravedad de la vieja —situado, calculo yo, en medio de sus muy generosas caderas—, la cual, dicho sea de paso, demostró bastante poca agilidad y limitada prestancia. Porque, si la vieja suelta la bolsa apenas se la engancha Nicolás con el pedal, todo resuelto, desgracia con suerte: la bolsa cae al piso, probablemente se desengancha del pedal, probablemente Nicolás puede acomodar la dirección de su bici y continuar la carrera y hasta recuperar esos preciosos segundos desperdiciados en el abrupto viraje, probablemente parte del contenido de la bolsa de compras (salvo lo que esté más abajo y deba actuar como colchón) salga indemne del percance y, más probablemente aún todo lo que la vieja lleva en la bolsa de su mano izquierda no sufra daño alguno.

Pero no. Porque la vieja, en lugar de dejar fluir las circunstancias, se aferró a la bolsa como a veces nos aferramos a los recuerdos ingratos o a los amores perimidos. Y esa acción de la vieja resultó fatal para el posterior devenir de los acontecimientos. Porque, al asir la bolsa con toda su determinación, la vieja impidió que el pedal (y con el pedal la bici, y con la bici Nicolás) se soltaran de su prisión de hilos de nylon. En consecuencia, Nicolás y la vieja se enredaron por puro efecto de la fuerza centrífuga. La vieja giró sobre sí misma y Nicolás perdió totalmente el control de su vehículo. La vieja trastabilló antes de perder el pie y Nicolás se dio de frente contra un tapial de lajas. La vieja terminó sentada de culo en la vereda, y las bolsas despanzurradas a su alrededor.

Cuando giré, a mi vez, en la esquina, me topé con un espectáculo extraordinario: la vieja parecía un ídolo pagano, sentado con callada majestad y rodeado de ofrendas obsequiadas en sacrificio. Y un poco más allá, Nicolás, en el aturdimiento de no conseguir que el alma, sacudida por el impacto, volviese a acomodársele en el cuerpo, y pálido de terror ante la previsible reacción iracunda de la vieja.

A medida que fuimos llegando, nos apeamos de las bicis en el afán de ayudar, pero no era fácil. Primero porque la vieja, una vez que se puso de pie, empezó a retarnos con toda la hiel de su resentimiento. Y segundo porque, puestos a recoger el tendal de provisiones, nos encontramos con la cruda realidad de que una de las dos bolsas (la que Nicolás había enganchado) tenía un tajo de arriba abajo que la hacía inservible. Tanta era nuestra buena voluntad, pese a todo, que hicimos todo lo posible por acomodar todo dentro de la bolsa ilesa, pero de nuevo nos aturdieron los gritos de la vieja, que, en lugar de valorar y agradecer la solidaridad de nuestro proceder, se empeñó en describirnos como una manga de salvajes que habíamos estado a punto de matarla y que, por añadidura, estábamos aplastándole la lechuga.

Paciencia. El mundo está lleno de gente así.

BICICLETAS III

CEMENTO FRESCO

Hay gente que, la verdad, no sabe dónde está parada. De lo contrario no se entiende que una vez, en el invierno de 1979, un vecino de la calle Bahía Blanca haya tenido la pésima idea de hacer a nuevo su vereda. Supongo que el incauto ignoraba que mis amigos y yo estábamos atravesando, para esa época, una de nuestras frecuentes fiebres ciclísticas. Y como vivía sobre el lado opuesto de la manzana no sabía —no podía saber— que su vereda era parte de una de las cuatro rectas que tenía nuestro circuito.

Cuando levantó las baldosas viejas nos provocó un problema grave: al llegar a la altura de su casa había que bajar a la calle en la casa anterior, y volver a subir en la siguiente. Y creo que ya he dicho que los más chicos no tenían permiso de correr en bici por la calle. Supongo que fue Sergio —que no tenía hermanos menores pero sí una frialdad de miras admirable— el que nos enfrentó con la única solución posible: mentir. Como esa casa estaba al otro lado de la manzana, nuestras madres ignoraban la circunstancia. Así las cosas, los menores fueron adoctrinados con consignas específicas, al estilo de “si le decís una palabra a mamá, yo te reviento”. Santa solución. Ninguno de los chiquilines resultó un soplón, y el nuevo trazado del circuito, además, le dio un toque interesante: ahora dispondríamos de un frenaje con chicana en plena recta, al mejor estilo del Autódromo de Buenos Aires. Es cierto que existía la posibilidad de que un auto nos atropellase en plena maniobra, pero nos parecía una chance remota. En esos años, por la calle Bahía Blanca no andaban ni los perros.

Hallada la solución, perdimos interés por la vereda del vecino, y nos habituamos al frenaje, la maniobra y la nueva aceleración, al bajar a la calle y volver a subir. Y mientras tanto, y sin mayor interés de nuestra parte, el vecino cumplió las etapas para renovar completa su vereda: tomó los niveles, hizo un contrapiso nuevo de cemento y piedra, lo dejó fraguar. Cuando lo tuvo listo colocó en su sitio las baldosas nuevas. Al terminar, clavó unos palitos les ató un piolín para rodear el trabajo recién concluido y advertir a los potenciales transeúntes que no lo pisaran.

Hasta ahí, todo perfecto. El problema fue la siguiente carrera. Porque a mitad de la primera vuelta resultó que Sergio, que andaba puntero y carecía en general de mayores escrúpulos, inició la recta de Bahía Blanca seguido de cerca por varios de los otros. Muy de cerca.

Nunca se lo pregunté, pero estoy seguro de que, al llegar a la zona del desvío, dudó entre las opciones que se le abrían. Primera opción: bajar a la calle, arquear el

cuerpo, apretar el freno, levantar la cola para evitar el golpe de la bajada del cordón, dar un par de pedaleadas para no perder tanta velocidad, virar otra vez hacia la vereda, inclinar de nuevo el cuerpo pero hacia el otro lado, erguirse otra vez para no pegar en el cordón y de nuevo a la vereda. Segunda opción: seguir derecho, de largo, a toda velocidad, sin otro obstáculo que dos piolines miserables cruzados de lado a lado al principio y al final de la vereda nueva. Las hileras rectas, exactas, húmedas todavía, de baldosas amarillentas y acanaladas. Lisas, perfectas, aguardando el trazo veloz de las ruedas de su bicicleta.

El bueno de Sergio optó por la segunda alternativa, claro está, cortando piolines y atravesando la vereda recién hecha. Los que lo seguíamos no teníamos tiempo de dudar: si bajábamos a la calle le dábamos al tramposo una ventaja imposible de descontar. De modo que fuimos detrás. Tuve un momento de duda: ¿y si las baldosas se hundían en el suelo y terminábamos enchastrados de cemento hasta las rodillas, como veíamos a veces a los villanos de los dibujitos animados?

Aliviado, advertí que no, y que mi bici avanzaba sin mayores sobresaltos sobre la vereda fresca del vecino. Una sola cosa me alarmó: el sonido. Mi bici, nuestras bicis, no estaban soltando el típico rumor de la goma sobre la superficie ondulada de las baldosas. Ese rumor regular, ese murmullo casi callado. No. Lo que soltaban era un tac-tac-tac desconocido, como si alguien estuviese cincelando rápido una piedra.

Miré hacia atrás y comprendí despavorido por qué uno no tiene que pisar las baldosas recién puestas: al apretarlas con el peso de nuestras bicis contra el cemento fresco, las baldosas se partían por la mitad como galletitas de agua. Una grieta recta, lúgubre y vertical. O tres grietas, mejor dicho: la que había abierto Sergio, luego la de Esteban y después la mía. Y otras veinte, cuando la manada de los que nos seguían atravesó también el lugar.

Dios, el instinto de conservación o la suerte nos hicieron tomar algunas decisiones veloces y acertadas. Nadie se detuvo a comprobar los alcances exactos del estropicio. Salimos de ahí como si nos persiguiera un alma en pena y no nos detuvimos hasta llegar al lado opuesto de la manzana, donde la carrera quedó cancelada sin ganadores. No hizo falta amenazar a los más chicos con la importancia crucial de su silencio: a veces, la experiencia directa vuelve superfluas las volutas conceptuales del lenguaje.

Nos desbandamos con el rigor y la presteza que reservábamos para las grandes conmociones. Cada cual disparó para su casa, repentinamente ávido de tomar la leche, deseoso de acomodar los útiles de la escuela para el día siguiente, desinteresados de volver a salir a aprovechar lo que quedaba de sol y de tarde, y dispuestos a irnos a bañar por nuestra propia voluntad.

Tal vez a nuestras madres les haya llamado la atención semejante predisposición al sosiego. Si alguna de ellas recuerda aquel lejano domingo de invierno en el que mudos, y mirando de tanto en tanto por encima del hombro como perseguidos,

entramos a nuestras casas horas antes de que nos obligaran a hacerlo, aquí está la pura verdad acerca del motivo.

Y si aquel vecino de la calle Bahía Blanca, que en el invierno de 1979 tuvo que hacer dos veces su vereda nueva, todavía vive y, por uno se esos azares inauditos que a veces tolera la historia, se topa con estas páginas, le ruego que acepte nuestras tardías pero sinceras disculpas.

BICICLETAS IV

LA ESPIRAL DE LA VIOLENCIA

Todos los juegos gustan, y todos los juegos cansan. Por eso, de vez en cuando, las carreras de bicis nos aburrían y pasábamos a otro nivel de competencia: la "cerradita". Aquí sí, las mujeres estaban excluidas. Aquí sí, definitivamente, los chiquilines se quedaban con las ganas. La cerradita, señores míos, era solo para nosotros, los hombres.

A la cerradita se jugaba en la calle, en un espacio reducido: el ancho de cordón a cordón, y el largo de una sola losa de pavimento. Un rectángulo de quince metros por ocho, más o menos, delimitado por los cordones y las líneas de alquitrán.

En la cerradita había una sola regla básica: uno tenía que permanecer dentro del perímetro, siempre andando en la bici, sin salirse y sin apoyar los pies en el piso. Quien pisaba las líneas del límite, perdía. Quien bajaba un pie al asfalto, también perdía. La base del juego (y el motivo de su nombre) consistía en encerrar a los otros competidores contra los límites de la cancha, para obligarlos a pisar afuera con las ruedas o a bajar un pie para no caerse. El jugador que conseguía permanecer sobre su bici, sin tocar las líneas ni bajar los pies, cuando todos los demás hubiesen hecho una cosa o la otra, era el ganador.

En este juego cambiaban los roles en relación con las carreras: acá tenían ventaja los que usaban bicicletas chicas y maniobrables, aunque fueran un desastre de óxido o de abolladuras. Las bicis de carrera resultaban perezosas y torpes. Y los que tenían bicicletas nuevas rehuían el contacto. Más de una vez, dos bicis terminaban con los manubrios y los cables de los frenos enredados, y sus dueños despatarrados en la calle: nadie en su sano juicio arriesgaba las bicis nuevas en semejante competencia. Es cierto que los dos o tres pibes de la barra con más plata que el resto tenían dos bicis: una para correr como el viento en las carreras, y otra para llenar de rayones y de golpes en las cerraditas. Paciencia, que así se vive en el mundo capitalista.

La cerradita era un juego de precisión, de estrategia, de paciente cacería. Atacar era un riesgo: uno tenía que disminuir la velocidad, aparear su bici a la del contrincante, darle levísimos toques al pedal para evitar la inmovilidad total, mover el manubrio frenéticamente para que la bici no se fuese en banda. Con todo eso, el atacante corría tanto peligro de caerse como aquel al que pretendía sacar del juego.

El problema era cuando quedaban pocos competidores, porque los menos osados —en el fragor del juego uno no los llamaba "menos osados": usaba el más televisivo "cobardes" o el siempre efectivo "cagones"— podían huir en círculo, esquivando el ataque de los más agresivos, durante ratos muy largos. Y los que habían sido

eliminados al principio, —y estaban esperando afuera, impacientes, a que terminase la rueda para empezar otra vez con los jugadores— reclamaban a los gritos contra ese comportamiento defensivo y rogaban que alguno perdiera de una buena vez por todas.

Tal vez por esa impaciencia de los eliminados o por sucumbir sencillamente a la dulce tentación de la violencia, terminamos por incorporar una nueva regla: valía patear la bicicleta de un rival, para hacerle perder el equilibrio, siempre y cuando uno (el que pateaba) no apoyase los pies en el piso. Nuevo riesgo: no sé si el lector ha intentado, alguna vez, lanzar una patada desde arriba de una bici: la tendencia a perder el equilibrio es muy difícil de solventar, se los aseguro. El solo hecho de levantarte del asiento, con la bici casi detenida, y estirar la pierna violentamente hacia el costado, te predispone a la caída. Si errás la patada, la caída es casi inevitable. Pero cuidado que, si acertás, el riesgo también es alto: el cimbronazo de tu propio puntapié ejerce una fuerza de dirección opuesta que bien puede lanzarte de nuca hacia el otro lado.

La nueva regla de “está permitido patear al rival” le dio una vida nueva a un juego que corría el riesgo de aburrirnos en su creciente letargo. Desarrollamos un verdadero virtuosismo en eso de quedar casi detenidos, girar el torso hasta quedar casi de espaldas al rival, y lanzar una patada descendente que hiciera impacto en la bici, en la pierna o en el pecho del contrincante. Eso de patear casi de espaldas nos daba el aspecto de caballos en plena escaramuza, la verdad. Cuando las chicas del grupo nos vieron golpearnos de esa manera salvaje dijeron que éramos unas bestias y que íbamos a lastimarnos. Y nosotros tomamos su desprecio como un elogio y sus temores como una muestra de que, tal vez, alguna de ellas se estuviera enamorando.

Sin embargo, y como decía la canción de Vox Dei: “Todo concluye al fin, nada puede escapar, todo tiene un final, todo termina”. El juego de la cerradita terminó para nosotros cuando Nicolás le puso a Esteban, en pleno pecho, la mejor patada en reversa que vi aplicar sobre la calle Guido Spano. Cosas que se dan: el equilibrio exacto, la fuerza concentrada en un punto (en este caso, el esternón del pobre muchacho), la sorpresa de un Esteban que no se vio venir el ataque y que lo esperó demasiado liviano… cosas así. Lo cierto es que salió disparado hacia atrás, como si acabasen de ametrallarlo en un capítulo de “Combate”. La bici quedó parada unos cuantos segundos, tal fue la violencia del impacto y el modo en que Esteban salió eyectado de su sitio.

Lo bueno del caso fue que el susodicho, que se iba de nuca al asfalto, tuvo la intuición, el acto reflejo o la buena fortuna de torcer el cuerpo y evitar el golpe en la parte de atrás de la cabeza. Lo malo fue que, al girar, quedó de jeta al piso y dio de lleno con la cara en el pavimento. Por añadidura, la bici le cayó encima del trasero y de la espalda. Cuando se puso de pie, parecía un vampiro recién almorzado, porque la

sangre le chorreaba por las comisuras de la boca mientras el tarado sonreía. Sonreía porque se había dado tal porrazo que el dolor de la boca no había encontrado todavía el camino correcto para hacérselo saber a su cerebro, y porque pensaba que había salido airoso del peor golpe de toda la historia de la cerradita. “No me hice nada, ¿vieron?”, alcanzó a decir, hasta que el gusto metálico que debía estar dejándole la sangre en la boca lo puso a recapacitar.

Como hijo de odontólogos (yo era el único del grupo que sabía que las paletas delanteras no se llaman paletas sino incisivos, y que a los colmillos no se les dice colmillos sino caninos) tomé la iniciativa y me aproximé, para verificar la magnitud del daño. A la instrucción concisa de “Abrí la boca, boludo” Esteban me obedeció, sumiso, no sé si porque estaba entrando en shock o porque confiaba en mis dotes odontológicas. Entre la sangre, pude verificar que tenía todos los dientes en su sitio. Buena señal. Pero cuando se los toqué advertí, escandalizado, que los incisivos superiores se le movían como si fueran sábanas tendidas a secar. “Quedate quieto”, le dije, más que nada por ganar tiempo.

Se ve que el propio dolor le anestesiaba la encía, porque yo le movía los dientes para todos lados y el tipo ni se mosqueaba. Tenía que pensar rápido. Mi mamá estaba trabajando lejos de casa. Enviarlo a Esteban a la suya con ese aspecto de película de terror de Vincent Price era enviarlos, a él y a su sonrisa inocente y sangrienta, derechito a la guillotina. Su madre, cuando lo viese así de estropeado, iba a castigarlo. En realidad, si uno lo piensa, no tiene mucho sentido que a uno lo reten por lastimarse. Pero la lógica materna opera sobre senderos inescrutables, y a uno lo retan un poco por lo que le pasó, otro poco por lo que no le pasó pero pudo haberle pasado, y otro poco porque, si uno sigue siendo así de estúpido, lo que no le pasó esta vez terminará pasándole la próxima. De manera que mandarlo a su casa tampoco era una opción.

Al final tomé la decisión que, me parece, terminó salvándole la dentadura. “No hagamos nada”, sugerí. “Esperá un rato a que te pare de sangrar, y vemos”. De manera que subimos las bicicletas a la vereda, nos sentamos en el cordón, y nos dispusimos a esperar la evolución del paciente. El susodicho, a medida que se le pasaba el pasmo, empezó a tocarse los dientes con la lengua y a verificar, aterrorizado, que se le movían como las teclas de un piano. “Se me van a salir todos los dientes”, aseguró, aterrorizado. “Tranquilo, tranquilo, vas a ver que no”, le dije. Y como yo era el mejor alumno del grupo y el más serio, Esteban habrá supuesto que tendría razón, porque trató de dejar la lengua quieta y los dientes también.

Al rato, y por sugerencia de quien escribe estas líneas, alguno le acercó una botella de agua y se hizo unos buches. Tranquilizados, verificamos que había dejado de sangrarle. Esteban nos preguntó si ya estaba en condiciones de volver a su casa. Lo miramos. Tenía la nariz un poco hinchada, un raspón bastante feo en la frente, y la

boca y la remera llenos de sangre seca. Un zombie a medio morir por segunda vez. Le dijimos que se lavara la cara y le dimos un buzo para ocultar la remera enrojecida. Antes de despacharlo, volví a hurgarle en los dientes. Para mi asombro, estaban un poco más firmes que antes, como si les hubiésemos puesto Plasticola y el pegamento estuviese a medio secar.

Lo acompañamos hasta la puerta de su casa y esperamos hasta que cerrase. Aguzamos el oído. Un minuto. Dos. Tres minutos. No se oía nada. Ningún alarido de madre angustiada. Nos retiramos en orden.

Por lo que supimos después, en la casa ni se enteraron del asunto. Un poco porque, cuando Esteban entró, su mamá estaba ocupada dándole de comer a la hermana más chica. Y sobre todo porque los dientes, como por milagro, terminaron por acomodársele.

Mi propia madre odontóloga me explicó, cuando la consulté sobre la maravilla, algo sobre la inflamación del periodonto y la suerte descomunal que Esteban había tenido con que la hemorragia cesara tan pronto y no se le hubiese infectado. Por mi parte me acordé de mi consejo de mantener el sitio quieto y los buches de agua, y me sentí orgullosísimo de mis primeros auxilios.

Así que, por favor, que no se me quite mérito en el feliz desenlace de los acontecimientos. Si hoy en día, treinta años después, Esteban puede andar por las calles de Barcelona —adonde lo terminó llevando el viento de la vida— y lucir su carismática sonrisa, me lo debe un poco a mí, y a mi receta de quietud, paciencia y buches. Que, al fin y al cabo, para algo tiene que servir eso de nacer hijo de odontólogos.

Como no hubo castigo de por medio, Esteban pudo regresar a la calle esa misma tarde, y la cosa no tuvo más secuelas que obligarlo a comer blandito por unos cuantos días. No le guardó ningún rencor al pobre Nicolás. Primero, porque Esteban no era dado a cultivar resentimientos, y segundo porque todos, hasta él mismo, tuvimos que aceptar que Nicolás había alcanzado un nivel superior en el arte de la cerradita violenta. Qué patada, Dios mío. Pura poesía.

FERROCARRILES

Cuando nos aburríamos de nuestros juegos habituales, una de las distracciones que teníamos a mano eran los trenes. A dos cuadras del barrio pasaba —sigue pasando, de hecho— el ferrocarril Sarmiento, y eso nos llenaba de orgullo. Primero porque éramos proclives a sentirnos orgullosos de lo que teníamos. Nos parecía que el Club Morón era maravilloso, que la esquina de Guido Spano y Blanco Encalada era estupenda y que Castelar era el mejor lugar del mundo. No nos entraba en la cabeza que la gente quisiera vivir en otro barrio, en otro país, hablar otro idioma. Lo que teníamos, lo que hacíamos, nos parecía lo "natural", lo deseable para cualquier adulto y cualquier chico. No concebíamos que pudiesen existir otras costumbres, otros gustos, otras realidades. Cualquier argumento nos servía: en Castelar mucha gente tenía teléfono (y eso, en la Argentina de los años setenta, sí que era un verdadero privilegio). Y nuestro ferrocarril era eléctrico. El único de la Argentina, junto con el ferrocarril Mitre, que corría en la zona norte del Gran Buenos Aires. Pero la zona norte nos quedaba lejos y nos tenía sin cuidado. Puertas neumáticas, ocho vagones cada formación, trenes al Centro cada menos de diez minutos. No teníamos nada que envidiarle a nadie.

Y encima, las vías eran un lugar de juego. Un lugar prohibido, por cierto. Nuestras madres ignoraban que frecuentábamos la barrera de Zapiola o el paso peatonal de Máximo Paz, o que salíamos a la vía en la calle sin salida de Bahía Blanca. Nos habían hecho prometer que jamás, pero jamás de los jamases, nos acercaríamos a las vías sin la debida custodia. Pero nosotros, que considerábamos que sus remilgos eran excesivos y que nuestras existencias eran inmortales, desobedecíamos sin remordimientos. En las vías podían hacerse un montón de cosas. Para empezar, ubicarse en el paso a nivel, encaramados en los caños de los andariveles para peatones, bien cerca del paso de los trenes, para sentir el vientito y la vibración de su peso de gigantes, era toda una inyección de adrenalina.

Pero lo mejor, lo mejor de lo mejor, era poner cascotes en la vía para que el tren los destrozara. Como éramos cándidos pero no estúpidos, teníamos la precaución de poner las piedras a cincuenta o sesenta metros de distancia, para ponernos a salvo de alguna esquirla que pudiera saltar y vaciarnos un ojo. Escondidos a medias entre los yuyos del terraplén, veíamos a los trenes aproximarse a nuestra emboscada. En el momento de aplastar nuestras piedras, los trenes hacían un estruendo a bombardeo que nos parecía sublime. Hoy en día, algunos de los que viajan en esos trenes dejan caer latas de gaseosas vacías a las vías, y cuando alguna de esas latas queda enganchada en el tercer riel (el que conduce la electricidad, una especie de banquito

de madera larguísimo, que esconde una viga de hierro electrificada que corre paralelo a las vías), genera un corto circuito y puede desatar un incendio. Nosotros jamás hicimos eso, porque una cosa es ser ingenuo, pero otra muy distinta es ser idiota.

Creo que fue Esteban el que vino con el dato de que podíamos poner monedas en lugar de cascotes. Como Esteban era un adelantado a su tiempo (no en vano era el más grande del grupo y había vivido varios años en Morón antes de recalar en el barrio, y eso le daba una amplitud de horizontes de la que los criados ahí carecíamos), tuvo que explicarnos varias veces. Si uno ponía una moneda en la vía, el peso del tren la achataba hasta dejarla del grosor de un papel, y la estiraba como si fuera un chicle. Una moneda aplastada por el tren podía alcanzar el doble de su tamaño original, y sus relieves se alisaban sin borrarse. De ese modo el escudo de la patria, o el perfil de San Martín o de Belgrano, quedaban como un dibujo a lápiz sobre una pulida superficie de metal. Un poco deformes, eso sí, porque el impacto de las ruedas del tren les cambiaba un poco las facciones a los próceres o desacomodaba el gorro frigio del escudo nacional, pero el efecto fantasmagórico no hacía más que agregarle valor estético al asunto. Nicolás, que era el más respetuoso de los deseos maternos y se sentía culpable en esas expediciones al mundo ferroviario, sugirió que por qué no generábamos esas monedas achatadas a martillazos. Le dijimos que estaba loco, porque las monedas eran demasiado resistentes como para eso.

Nicolás no nos hizo caso y decidió intentarlo. La siesta siguiente puso unas cuantas monedas en el piso del patio y entró a darle sin asco con el martillo y con la maza que encontró en la caja de herramientas de su padre. El resultado fue funesto: despertó a su mamá, cascó un par de baldosas del patio, y a las monedas apenas les hizo algunas muescas y raspones. Cuando su madre por fin le levantó la penitencia y pudo salir a la vereda, exhibió con timidez el resultado. Era descorazonador, por cierto: las monedas tenían el mismo tamaño que antes, y el único cambio era que ahora Belgrano, Sarmiento o San Martín parecían enfermos de sarampión o varicela. Hasta el propio Nicolás tuvo que aceptar que el único modo de hacerlo bien era en la vía. Y allí nos fuimos.

Pusimos tres o cuatro monedas de distintos tamaños y valores en fila, y nos agazapamos a esperar. Yo había supuesto que si uno ponía en la vía algo tan chato como una moneda, todas las ruedas del tren le pasarían por encima. Pero me equivoqué. Apenas la primera rueda del tren aplastó la hilera, las monedas cayeron a un costado. Mientras esperábamos que el tren terminase de pasar, nos miramos desilusionados. Seguro que no era suficiente. Y sin embargo, cuando nos acercamos a recogerlas, vimos que el resultado era inmejorable: con un solo impacto, el tren las había dejado del grosor de un papel, y los relieves eran como dibujos, y las efigies de los próceres eran retratos lisos con cierto vaivén psicodélico.

Ese día, todos fastidiamos a nuestras madres hasta el cansancio para que nos

diesen monedas de todos los tamaños y colores, sin explicar demasiado el porqué de nuestras urgencias. En un par de horas y con unos cuantos trenes, completamos colecciones de monedas deformadas que nos parecían el colmo de la originalidad y la belleza.

Lástima que al atardecer nos llevamos un susto mayúsculo. Mientras preparábamos una nueva tanda de monedas (llevados por el entusiasmo, ahora achatábamos las achatadas, con la idea de comprobar el límite de expansión del metal del que estaban hechas), frenó un Ford Falcon gris, o verde, del que se bajaron cuatro tipos con aspecto de mala gente, y se vinieron al humo hacia donde estábamos.

A veces uno sabe las cosas, y a veces uno no las sabe pero es como si las supiera. Nosotros teníamos diez o doce años, y nadie nos había dicho que energúmenos como esos andaban por las calles del país secuestrando gente y llevándosela a cárceles clandestinas. No sabíamos que detrás de esos bigotes, de esos lentes oscuros, de esos ademanes prepotentes, había asesinos auspiciados por la Dictadura.

Por suerte para nosotros, estábamos a mitad del terraplén, con las vías entre ellos y nosotros. Y apenas pegaron un par de gritos, y les vimos la cara (o lo que de sus caras no quedaba oculto por sus anteojos y sus bigotes) y entendimos que eran ese tipo de personas de las que no puede esperarse nada bueno, corrimos todo lo rápido que nos dieron las patas hacia el lado opuesto, dejamos atrás el terraplén y nos metimos en la casa de Nicolás, que era el que vivía más cerca. Seguro que no pensaban hacernos daño. O mejor dicho, el único daño que pensaban hacernos era darnos un susto mayúsculo, disfrutar nuestro miedo, reírse de nuestra desesperación. Hay gente así de hija de puta, y esos cuatro seguro que eran muy malas personas.

Esperamos un rato, temiendo que esos forajidos nos hubiesen visto y vinieran por nosotros. No sucedió. Fuimos saliendo de a poco, como ciervos que olfatean el viento para ver si hay leones en las cercanías. Cuando estuvimos seguros nos atrevimos a volver hacia las vías. En el fondo lo sabíamos, pero nos dio rabia confirmarlo: nuestras monedas achatadas habían desaparecido. Esos delincuentes, porque las monedas les gustaron o simplemente para molestarnos, se las habían robado.

El de las monedas no fue, sin embargo, nuestro último plan de aplastamiento. Una tarde cualquiera me vino a buscar Esteban que era, por lejos, el tipo con más imaginación y recursos de toda nuestra barra. “¿Te acordás de lo de las monedas en la vía?”, me preguntó. Le dije que sí. “Tengo algo mejor para aplastar”, agregó, disfrutando el suspenso. Le pregunté qué tenía. “Una rata”, concluyó.

No hacía falta nada más para convencerme. La sola idea de aplastar a uno de esos malditos roedores (a los que les tenía pánico, debo confesar) me pareció sublime. Seguí a Esteban hasta el terraplén de la vía. Ahí tenía a la rata. Por supuesto que la rata estaba muerta (difícilmente una rata viva se hubiese prestado a nuestros

experimentos silvestres), y era de un tamaño más que respetable: parecía un gato mediano. Lo único que no me resultaba tan atractivo era que la rata estaba como… desecada. Quiero decir, estaba chata, como en esos dibujitos animados en los que a uno de los personajes les cae algo muy pesado encima, y conservan su apariencia pero solo en dos dimensiones. Claro que a Esteban no le dije nada, porque, encima que se había tomado el trabajo de conseguir la rata, no me parecía justo empezar con objeciones. En realidad el propio Esteban se anticipó, y levantando con dos palitos el cadáver, dijo, como pensando en voz alta: “Hubiera estado mejor que no estuviese seca, para verla explotar”. Todo un esteta, Esteban. Por algo era uno de mis dos mejores amigos. Le dije que no se preocupara.

Lo que fue todo un problema fue acomodar la rata sobre la vía, porque sucedía lo mismo que con las monedas. La primera rueda del tren la pisaba, pero la vibración hacía que se cayera de la vía. El lector podrá pensar: ¿para qué querían estos pibes que todas las ruedas del tren le pasaran por encima a la rata? ¿No alcanza con que la primera rueda la aplaste? Y si el lector se formula esa pregunta es porque nunca ha hecho la prueba de aplastar con un tren una rata desecada. Nomás que le pasara un tren por encima, advertimos que la rata seca iba a ser un hueso duro de roer, o mejor dicho de aplastar. En realidad estaba tan aplastada que era una especie de cartón con forma de rata. La pisó un tren, un segundo tren, un tercero y un cuarto. A ese ritmo, íbamos a necesitar cincuenta trenes para cortar la rata al medio (que era nuestro objetivo prioritario).

Menos mal que yo me acordé de que mi abuela estaba tejiendo un pulóver para mi hermana. Pasé por mi casa, tomé prestado un ovillo de lana, y con un poco de paciencia pudimos atar la rata al riel del ferrocarril como para que todas las ruedas de un tren le pasaran por encima. A mí se me daban bien las matemáticas. Cuatro ejes por vagón, ocho vagones por tren, significaban treinta y dos aplastamientos sucesivos sobre nuestra rata seca.

No es por mandarme la parte, pero la verdad es que me mandé una linda artesanía atando el cuerpo plano de la rata a la vía del tren. Lástima que en esa época no existían los teléfonos celulares ni las cámaras digitales como para sacarle una foto que diera testimonio de mi obra. De todos modos, no hubiese habido tiempo. Terminamos los últimos nudos cuando la vía empezaba a vibrar con la inminencia del tren acercándose.

Esta vez sí, treinta y dos ruedas mediante, nos dimos el gusto de cortar la rata a la mitad. Apenas el tren se alejó, ovillé como pude la lana que me había sobrado, para devolverla a casa antes de que mi abuela la echase en falta. Y Esteban se las ingenió para levantar, con dos palitos, las mitades de la rata. No terminé de preguntarle por qué lo hacía cuando entendí: Esteban no pensaba dejar a nuestra enemiga ahí, en medio de la vía, sino volver al barrio con sus pedazos. Porque apenas volviésemos al

barrio íbamos a mandarnos la parte, frente a todos los demás, de que habíamos cortado una rata en dos mitades usando al tren como guillotina involuntaria. Y nuestros amigos, naturalmente, iban a desconfiar. Perfecto: ahí estaría mi amigo Esteban para tirarles, en los pies mismos, los dos pedazos de rata, para dejarlos tiesos de admiración y de envidia. Después de todo, son lindas las hazañas, pero más lindo es apabullar con ellas a tus amigos incrédulos.

LA LAGUNA

Una de las mejores decisiones que tomó la Municipalidad de Morón en 1980 fue destrozar doscientos metros de la calle Blanco Encalada y demorar seis meses en volver a pavimentarla.

Ya he dicho en alguna de estas historias que por la calle Blanco Encalada pasaba el colectivo, y que esa fue una de las tantas bendiciones con que contamos en nuestra vida de vereda. Porque los colectivos nos brindaron —contra su voluntad, por cierto —, un montón de momentos excitantes y felices. Muchas veces los hicimos objeto de nuestros ataques, porque eran grandes y poderosos, y nos parecían un enemigo digno de tener enfrente.

Pero el mejor regalo que pudieron hacernos los colectivos fue precisamente ese: día tras día y año tras año, fueron despedazando el pavimento hasta convertirlo casi en piedra volcánica.

Desde el punto de vista de los adultos, con sus autos, eso de que los colectivos hubiesen destrozado la calle era todo un contratiempo. Pero nosotros, los pibes, carecíamos de las dos cosas: de auto y del punto de vista de los adultos, así que nos daba lo mismo.

Mejor dicho, nos dio lo mismo hasta esa mañana, distinta a las demás, en que la cuadrilla de la Municipalidad acordonó el extremo de la calle, bajó las máquinas de los remolques y empezaron a pulverizar lo que quedaba de asfalto.

Lo primero que hicieron fue pasar una máquina que tenía montada, al frente, una especie de guillotina. Y digo “una especie” porque esta, a diferencia de su pariente de la Revolución Francesa, no dejaba caer un filo sobre cuellos contrarrevolucionarios, sino una enorme maza de acero que agrietaba el pavimento de trecho en trecho. Ese único espectáculo ya valía dejar de lado cualquier otro juego. Cuando uno es chico, siempre es bonito ver la destrucción de alguna cosa, y cuanto más sólida la cosa, mejor el espectáculo. De modo que presenciar el modo en que la máquina avanzaba y dejaba hecha trizas la superficie de la calle, como si en lugar de hormigón aquello fuera vidrio, nos dejó pasmados.

Después vino una topadora clásica, de esas con pala mecánica y enormes ruedas traseras, a levantar los pedazos de calle que la otra había ido aflojando.

De repente, frente a nuestros ojos empezó a crecer un pozo cada vez más extenso, de lado a lado, que se llevó hasta los cordones. Impactados, vimos cómo quedaban colgando los desagües, cómo emergían las raíces de los árboles. De pronto germinaba un mundo subterráneo que siempre había estado ahí, pero que habíamos ignorado.

Una parte de los grandes trozos de pavimento se la llevaron en camiones, pero a

cierta altura cambiaron de idea y empezaron a arrojar los pedazos de piedra en los extremos de la calle y en la intersección con Guido Spano. Hasta ese momento el nuestro había sido un barrio llano: ahora tenía cuatro altas y prometedoras montañas, rodeando el espacio de la calle desmantelada.

Por unos días, la cuadrilla municipal trabajó a buen ritmo. Alisaron la superficie y la cubrieron con una buena capa de tosca, esa tierra amarronada que hay debajo de la tierra negra. Pero después, nunca supimos bien por qué, los operarios desaparecieron hacia más altos destinos, y dejaron las cosas a la mitad: las montañas en los extremos, el piso de arcilla bien liso, casi un metro debajo de las veredas.

A veces me causa gracia, ahora, cuando escucho algún fascista nostálgico alabando las virtudes administrativas de los gobiernos militares. Si “como muestra basta un botón”, como diría Abuelita Nelly, sirva el ejemplo de la calle Blanco Encalada: demoraron seis meses en pavimentar dos cuadras, y lo hicieron tan mal que casi enseguida la calle volvió a rajarse y a llenarse de baches.

Nosotros, los chicos, igual no teníamos ningún apuro. Si hubiese sido por nosotros, que la dejaran así para siempre. Para el fútbol y la bici, de todos modos teníamos Guido Spano. La calle rota y las montañas de cascote eran una novedad más que interesante. Y eso que todavía nos faltaba descubrir la mejor parte del asunto. Porque una noche de esas, cuando ya los operarios habían alisado el subsuelo y se habían tomado el alíscafo, resulta que llovió.

Llovió bien, llovió tupido, una de esas lluvias primaverales que parecen dispuestas a vengar las sequedades del invierno. Y cuando salimos de nuestras casas, a la mañana siguiente, quedamos extasiados ante el espectáculo: nos había nacido la laguna.

Recuerde el lector que nuestro barrio, hasta unas cuantas semanas antes, era un anodino barrio de clase media suburbana. Manzanas en damero, árboles y casas con jardín. De repente y sin pagar un centavo, teníamos montañas y un lago artificial que reíte de los Alpes suizos. Porque los prohombres de la cuadrilla municipal no tomaron en cuenta, o no recordaron, o no les importó, que la capa de tosca —la que habían colocado como base para el futuro pavimento— era tan impermeable como la mejor de las lonas Pelopincho. Así que de buenas a primeras en mi barrio nos encontramos con un espejo de agua de doscientos metros de largo por diez de ancho y casi un metro de profundidad. Es cierto que las aguas se veían un tanto turbias, pero en fin: siempre fuimos más de agradecer que de seguir pidiendo. Y ahí nos fuimos, a desplegar nuestras hasta entonces aletargadas capacidades náuticas. Bien valdrá, cualquier día de estos, que me detenga a rememorar alguna de aquellas aventuras.

Pero no quiero cerrar estas líneas sin una última referencia. Mientras las escribo, me asalta el recuerdo de Miguel, el último de los pibes que se incorporó a nuestra barrita.

El primer día de aquel baile, cuando nos congregamos a ver trabajar a las máquinas viales, Miguel se acercó también a mirar pero, como no era uno de los nuestros, se mantuvo quieto a veinte o treinta metros. Al mediodía, cuando a mis amigos los llamaron a comer, yo me quedé un rato más, desoyendo los llamados de mi abuela. Las topadoras me gustaban demasiado como para desprenderme de ellas tan rápido. En una de esas giré la cabeza y lo vi, no a treinta metros, sino mucho más cerca. Se había bajado de la bici y miraba trajinar a las máquinas pero también me miraba a mí, con esa cara inconfundible de quien tiene ganas de ponerse a charlar.

Hice memoria. Muchas veces, jugando en la calle, lo había visto pasar en la bici. Yo sabía que su casa quedaba cerca, llegando a la esquina de Bahía Blanca, es decir, todavía dentro de lo que considerábamos el barrio nuestro, aunque cerca de la frontera. Supuse, con la claridad que se tiene, tal vez, gracias a la honestidad de los doce años, que ahora se había animado a acercarse y detenerse porque yo estaba solo, y con lo de las topadoras tenía una excusa para hablar de algo, y porque debía darle menos miedo encararse con uno que con toda la barra al mismo tiempo.

Era más chico que yo. Supongo que entonces tendría nueve o diez años. Le dije algo acerca de las máquinas y para poder responderme por encima del estruendo se acercó hasta donde yo estaba. Después le pregunté si era de San Lorenzo. Me miró como si yo fuese un oráculo y me dijo que sí. Me pareció inútil aclararle que una vuelta lo había visto pateando, contra el portón de su garaje, con una pelota de gajos azules y rojos. Preferí dejar que me admirase.

Después me acordé de todas esas veces en que lo habíamos visto pasar solo, y le dije que a la tarde seguro nos juntábamos a patear a la vuelta, y que si quería que viniese. Parece mentira todo el bien que puede hacerse a veces con diez palabras. No terminé de invitarlo que ya estaba aceptando mi ofrecimiento. Casi enseguida se fue pedaleando rápido hasta su casa, porque era la hora de almorzar o porque estaría tan feliz que tendría ganas de contárselo a alguien.

Me da gusto que este recuerdo, de cuando nos levantaron la calle completita, me haya conducido a Miguel. Si no le cambió la suerte a lo largo de la vida, tiene que haber sido un tipo afortunado. Eso de entrar a nuestra barra de amigos justo cuando nos disponíamos a conquistar un mundo nuevo, con lago propio y montañas empinadas, lo señala como un tipo mimado por los dioses.

Y me alegra haber tenido, aquella vez, la perspicacia de detectar su soledad, y la espontaneidad de invitarlo a venir, y la intuición de saber que, con ese gesto, estaba haciéndole un favor de los grandes. Claro: yo tenía doce años, y a esa edad uno no se anda con tantos miramientos para eso de si le digo o no le digo, si le ofrezco o no le ofrezco. Ojalá uno de adulto no perdiese los reflejos, y siguiera siendo así de generoso.

FIGURITAS

Todos nosotros, mis amigos y yo, estábamos convencidos de que Carlitos era un imbécil. Para mis ojos de adulto resulta un poco embarazoso rastrear los motivos de esa conclusión. Pero lo cierto es que estábamos rotundamente convencidos. Carlitos no jugaba al fútbol, no andaba en bicicleta, no perdía su tiempo en la vereda. Y sobre todo, cometía el pecado de no intentar formar parte de la barra. Supongo que parte de nuestro desprecio nacía, por eso, en el despecho.

Nuestros encuentros siempre acababan por adquirir un carácter tumultuoso y, si no se iniciaban a los insultos, terminaban a los piedrazos.

Carlitos no estaba solo. Disponía de una corte de hermanos y primos que le servían de séquito y que emparejaban los enfrentamientos. A nosotros nos parecía ridícula la devoción que le profesaban a su líder. Lo seguían como perros fieles. Le festejaban los chistes y le cumplían las órdenes. Por eso los juzgábamos como idiotas por partida doble: seguir a alguien como un perro nos parecía de imbéciles, pero si ese alguien también era un imbécil, eso los convertía en imbéciles elevados al cuadrado.

En otras palabras: los odiábamos. No los odiábamos con ese odio visceral, primitivo, básico, que solíamos sentir por los desconocidos que vivían en otros barrios. No era esa inquietud rápidamente traducida en desprecio. No. Era algo más elaborado o, por lo menos, algo que nacía de convivir en la misma cuadra y respirar en el mismo aire, pero sin compartir ninguna de las dos cosas.

Hechas las presentaciones pasemos a los hechos. Lo que voy a narrar ocurrió un domingo a la tarde, durante esa primavera lluviosa durante la que el barrio tuvo su laguna, cuando levantaron completa la calle Blanco Encalada para pavimentarla de nuevo. Como llovía casi día por medio, la laguna nos duró todo noviembre.

Que fuese domingo a la tarde tiene su importancia, porque las cosas ocurrieron en medio de esa pesadez de siesta, de ese fastidio de lunes inminente. Para peor, tarde de domingo sin pibes, porque de vez en cuando el azar se ensañaba con nosotros y a casi todos se los llevaban a visitar tíos y padrinos distantes.

Esa tarde éramos Sergio y yo: del resto de la barra no quedaba ni señales. Antes de resignarnos, hicimos la ronda de rigor por el resto de las casas, pero fue inútil. Estábamos solos, y no teníamos ánimo de jugar un fútbol de uno contra uno. Terminamos despatarrados en la vereda de mi casa, con la espalda apoyada contra el cerco de madera blanca, tirando con escasa convicción, y de tanto en tanto, piedras a

la laguna.

Así estábamos, a la deriva, cuando vimos salir a Carlitos y a los suyos. De inmediato nos pusimos de pie. Tampoco era cuestión de dar esa imagen de náufragos. En la comparación, estábamos derrotados de antemano, porque eran como diez, aunque no estoy seguro del número preciso. Nunca les prestábamos tanta atención como para contarlos con números exactos. Nos alcanzaba un vistazo a la volada, como el que acabábamos de dar, y concluir que acababa de salir Carlitos con un número indeterminado de secuaces.

Caminamos hasta el borde del agua y seguimos con lo de las piedras, como para dar la impresión de que estábamos divertidísimos. Fue entonces cuando Sergio detectó la figurita. Estaba sobre el pasto, a poca distancia del agua, y aunque había dejado de llover un rato antes estaba bastante seca. Una figurita común y corriente, un rectángulo de papel lustrado de cuatro por seis. No recuerdo a qué álbum pertenecía. A nosotros se nos había pasado la época de las figuritas. Supongamos, por la época en que acontecieron los hechos, que se tratara del Chavo del Ocho.

No quiero mandarme la parte con laureles ajenos: la idea la tuvo Sergio. Yo lo secundé, hice mi parte, y en algún momento me tocó asumir el protagonismo. Pero la genialidad primera salió de su rubia cabecita. Y su inspiración fue tan repentina que yo fui el primer sorprendido. Se agachó, levantó la figurita y la arrojó al agua. Y de inmediato empezó a gritar "¡Se me cayó, se me cayó la figurita!".

Yo no habría tenido la idea, pero compartía la malicia de mi amigo, de manera que rápidamente me sumé a su iniciativa. Así que también empecé a gritar, con la voz estrangulada de angustia y húmeda de lágrimas inminentes, "Se nos cayó, se nos cayó, me quiero matar". Seguramente completé mis alaridos con una coreografía, improvisada pero verosímil, consistente en emprenderla a los saltitos, con apertura de brazos y palmas al cielo, congruente con el pensamiento de "Por qué, Dios, por qué a nosotros nos sucede esto".

El resultado fue inmediato. Carlitos y su tribu se aproximaron como moscas a un pedazo de bofe dejado al sol. Supongo que vernos tan tristes y preocupados era para ellos, y de por sí, tan placentero como entretenido. Cuando se acercaron y se hicieron una idea de lo que ocurría se olvidaron por un rato de odiarnos, porque necesitaban dirigirnos la palabra para obtener algunos datos que les permitiesen disfrutar mejor nuestra desgracia.

—¿Qué figurita se les cayó? —preguntó Carlitos, que por supuesto llevaba la voz cantante.

—Ehhh… —Sergio dudó. Bueno, no sé si la palabra "duda" corresponde para referirse a algo que, sencillamente, se ignora por completo. Por suerte a nuestros enemigos los devoraba el placer de la desgracia ajena y no estaban para sutilezas.

—¿Es del álbum del Chavo? —preguntó uno de los laderos de Carlitos, con

expresión de que deseaba fervientemente que fuera.

—¡Síii! —tomé la posta, porque la maldad del alma me florecía mucho más fácilmente de lo que le reconocía al padre Johnny en la parroquia—. ¡La más difícil de todas! —creo que hasta extendí las manos hacia el agua, como queriendo atraer a la figurita, con la misma desesperada devoción que si se hubiera tratado de mi hermanita de ocho meses (es un decir, porque para entonces mi hermanita tenía casi veinte años).

—¡¿La difícil?! ¡¿Se te cayó al agua la de "El Chavo dando lección con Jirafales"?!

La pregunta la había hecho Carlitos, y yo asentí moviendo la cabeza con ademanes desesperados, y abriendo mucho los ojos.

—¡Síiii! —repetí, desolado.

En realidad, hubiera dicho que sí aunque hubiera sido la de "La Chilindrina en Saturno" o "Ñoño en la playa con una biquini a lunares". Lo importante era que me creyeran, que me miraran así esos diez pares de ojos redondos, extáticos. Pero todavía faltaba. Estaban un poquito crudos.

—¿Y por qué no la vas a buscar? —inquirió Carlitos, haciendo gala de una sagacidad que (confieso) nunca había sospechado que poseyera.

Me quedé mudo. Pero Sergio me hizo el relevo.

—No, lo que pasa es que ya la tenemos.

—¡¿Tenés repetida "El Chavo con Jirafales"?! ¿Pero cuántos paquetes de figus compraste?

Sergio lo miró plácido, calculando una cifra que resultara más o menos verosímil.

—Seiscientos… seiscientos cincuenta —afirmó, con la misma cara que ponían Paul Newman y Robert Redford en *El golpe para que el gángster pisara el palito*.

—Eso él —acoté, y los diez pares de ojos viraron hacia mí—. Yo ya casi llego a los mil paquetes.

La constatación de que éramos dos millonarios los dejó pasmados. Pero a Carlitos le quedaban un par de cartuchos para disparar, antes de rendirse.

—¿Y entonces para qué se hacen problema? Si ya la tienen…

Con Sergio nos miramos. O hasta entonces habíamos subestimado erróneamente la capacidad intelectual de Carlitos o esa tarde gozaba de una brillantez excepcional pero superlativa.

—Porque la tenemos vendida. A un pibe de la escuela —Sergio era tan mala persona como yo, pero mucho más rápido.

—¿A cuánto? —preguntó uno de los primos más chicos, sin pedirle permiso a su jefe para hablar. Se ve que la codicia los hacía saltarse las jerarquías.

Contesté yo, aunque no recuerdo cuál fue la cifra que inventé. Además eran "pesos ley" o "pesos argentinos", intraducibles a los actuales, con sus miles de ceros.

Sí me aseguré de barajar un número posible como para que no advirtieran que les estábamos mintiendo, pero suficientemente alto como para que la cabeza se les incendiase en las llamaradas de la ambición.

—¿Y por qué no se meten a buscarla? —Carlitos estaba echando mano a sus últimas reservas de inteligencia.

—Yo no puedo porque me arruino las zapatillas —adujo Sergio, que calzaba unas Adidas de cuero que en esa época estaban al alcance únicamente de los potentados.

—Yo estoy saliendo de una pulmonía —me apresuré a tomar por la variante de la salud, porque nadie me hubiera creído que quisiera proteger mis Flecha de lona con la puntera hecha polvo.

Y como tenían muchas ganas de dar el siguiente paso, nos creyeron.

—Y si la buscamos nosotros… —Carlitos hizo una pausa, supongo que con la idea de generar cierta intriga. Y yo, aunque nunca fui partidario de poner trampas para pajaritos, entendí el placer que debía sentirse, con el piolín en la mano, listo para el tirón, cuando el bicho picotea el alpiste a diez centímetros del centro de la trampa —, ¿qué nos dan?

Nosotros mantuvimos la sangre fría. Nada de abrazarnos y empezar a los saltos, al grito de “cayeron, los pelotudos cayeron”. Nada de eso. Apenas un mirarnos, un fingirnos dubitativos primero, magnánimos después, para decirles que si la sacaban se merecían quedársela.

—¿Cuánto dijiste que te pagaban por esa figurita? —Listo. Carlitos acababa de malgastar su última bala, y de aquí en adelante solo se escucharía el click del percutor sobre los alvéolos vacíos, como en las películas de tiros.

Repetimos la cifra. Estaba hecho. Ya Carlitos se encaraba con los suyos y cerraban el corro. Ya el dedo del líder señalaba al primo más chico, ya los mandos intermedios palmeaban al candidato y le deseaban suerte.

Tendría seis o siete años. Medía poco más de un metro y tenía una cara de boludo que invitaba a la piedad o al sadismo. Supongo que lo eligieron por eso, aunque en voz alta dijeron que tenía que ir él porque estaba vestido para lograrlo. Es verdad que tenía puesto un impermeable de plástico amarillo grueso, suelto como una capa, sin mangas, coronado por un gorro del mismo color. Tenía botas igual de amarillas, que le quedaban un poco grandes y le daban justo a la altura de las rodillas.

—Pero me voy a mojar igual —afirmó el pequeño, con extraordinario sentido común.

—No te creas —dije yo, mientras nos aproximábamos.

—Y menos con esas botas. —Sergio lo palmeó, admirativo.

El enano sonrió.

—Bajá por aquel lado que es menos profundo, y tenés piedras para ir pisando —señalé vagamente un sitio de la orilla.

—¿Es muy hondo? —el infante, a medida que se aproximaba al líquido elemento, parecía flaquear en sus certezas.

—Así —dijo Sergio, dibujando con las manos un espacio de unos veinte centímetros.

—Como mucho así —corregí, aumentando a unos veinticinco. Yo sabía que en el centro la laguna llegaba cómodamente a un metro y no quería un ahogado en mi conciencia. Me consolé pensando que a lo mejor el impermeable lo ayudaba a flotar.

El petiso abandonó la orilla con cautela, dando pasitos muy cortos, casi sin levantar los pies del piso. Pero cuando llegó al borde de la piedra que estaba pisando, trastabilló y tuvo que seguir con menos miramientos. Casi enseguida el agua le llegó a los tobillos y el petiso nos miró a nosotros, como aguardando respuestas. Le devolvimos un par de sonrisas cálidas, confiadas, indicándole con las manos que siguiera confiadamente hacia delante. La tribu de Carlitos se lanzó a estimularlo con gritos alegres y esperanzados, temiendo tal vez que el enano reculara y les tocase a ellos encabezar una segunda expedición.

El pibe hizo caso y siguió avanzando. De inmediato el agua, que le había seguido trepando por la pierna, llegó a la altura del borde de sus botas.

—¡Ya llegás! ¡Ya llegás! —gritamos, intuyendo que estábamos en un momento límite.

Dio un paso más y el agua comenzó a invadirle la caña de las botas. Yo me acordé de una película de naufragios que había visto en “Sábados de Superacción”, porque el agua le hacía un embudo parecido a medida que se le metía por las piernas.

—Ayyy… me mojo… Ayyyy —la verdad que el enano tenía un vocabulario más bien rudimentario.

—¡Dale, dale, no te frenes! —ahora era la tribu la que lo azuzaba.

El petiso obedeció. Ahora el avance era más lento todavía porque las botas llenas de agua debían pesarle como plomos. La ventaja era que, con los pies inundados, le había cambiado la temperatura corporal, y apenas se daba cuenta de que el agua ya le llegaba a los muslos y seguía subiendo hacia la cintura.

—Mirá bien dónde pisás. Mirá bien dónde pisás —me pareció que decir eso me hacía quedar como un muchacho sensible. De todos modos era un consejo inútil, porque en el agua fangosa no se veía absolutamente nada.

—Dale que ya estás, te falta repoquito —Sergio hablaba mientras el capote amarillo, que tendía a flotar, se iba abriendo como los pétalos de una flor mañanera.

La verdad es que el espectáculo era bellísimo. El agua quieta y brillante, el capote amarillo extendido sobre la superficie, la cabeza del enano emergiendo como el peristilo de una flor, y el lento avance como si una brisa tenue la condujera hacia el centro de la laguna.

Cuando el agua le llegó al pecho confieso que tuve un instante de inquietud. ¿Y si

el candidato terminaba pereciendo en las aguas oscuras? Una cosa era vengarnos de Carlitos y otra cargar con un muerto en la conciencia. Confié en que hubiese llegado a la máxima profundidad. Le faltaban un par de metros, y el petiso estaba decidido a penetrar en los anales de la gloria.

Entonces me asaltó una duda de carácter casi científico. ¿Cómo se desempeñaría el enano en un medio acuático con oleaje? De manera que me acerqué a la orilla, levanté un enorme pedazo del asfalto viejo que había quedado sin retirar y se lo lancé un metro adelante, al grito de "¡Esperá, esperá que con las olitas te acerco la figu!". Sergio me imitó de inmediato. Y piedras de esas sobraban en la orilla. De modo que casi de inmediato el enano se vio bombardeado por decenas de proyectiles que le salpicaban hasta empaparle la única parte del cuerpo que conservaba seca.

Hay que reconocer que el enano tenía temple: en medio de una salpicadura parecida a la que sufrieron los aliados en la evacuación de Dunquerque, seguía avanzando con la porfía de los conversos.

Por fin, con el agua a la altura del mentón, consiguió estirar la mano y adueñarse de la figurita, mientras el clan de Carlitos vociferaba su alegría. Enseguida se dio la vuelta (enseguida es un modo de decir, porque con las botas llenas de agua sus movimientos se parecían a los de un buzo con escafandra, caminando en el fondo del mar) y volvió hacia la orilla. Alguno de su tribu lo ayudó a salir. Huelga decir que estaba calado hasta los huesos y sucio como si hubiera hecho cuerpo a tierra en un chiquero. Pero extendida la mano derecha, amplia la sonrisa, altivo el mentón, mostraba la figurita millonaria. Los otros lo rodearon. El enano entregó la joya a la contemplación colectiva, mientras nosotros advertíamos, íntimamente, que se acercaba el momento de partir.

Entonces ocurrió lo que tenía que pasar. A nuestras espaldas sentimos la voz de Carlitos, estrangulada por la confusión, aterida por el espanto, iracunda por la sospecha:

—¡Pero esta es de la Chilindrina con Doña Florinda!

Pudimos habernos quedado. Pudimos fingir una discusión entre nosotros, en la que nos achacásemos recíprocamente el error o el dolo. Pero algo nos dijo que la cosa ya se situaba más allá de nuestras posibilidades, y que lo mejor era salir corriendo hacia las vías para ponernos a cubierto. Diez contra dos es mucha ventaja, aunque el jefe de los diez fuese Carlitos y otro de los diez fuera un enano con pinta de duende amarillo y con los labios violetas de frío.

CURSO DE INGRESO

Salí de mi casa resoplando de fastidio. En una mano llevaba las monedas para el colectivo. En la otra, la bolsa de plástico con “las cosas del ingreso”. Durante séptimo grado, aquello del curso de ingreso se me convirtió en una involuntaria obsesión. En mi colegio no teníamos nivel secundario, y para poder seguir estudiando en una escuela buena tenía que rendir examen con otro montón de pibes, y aprobarlo con una nota suficientemente buena como para asegurarme una vacante. El plan familiar era que fuese a la misma a la que había ido mi hermana: Escuela Nacional Normal Superior Manuel Dorrego de Morón. Con ese nombre así de largo ya resultaba intimidante. Pero más intimidante era que se presentaban al examen como mil pibes, pero había nada más que trescientas vacantes. De cada diez, siete se quedaban afuera. Sonaba difícil el asunto.

Yo era un buen alumno, pero en mi casa la filosofía dominante era “Más vale prevenir que curar” —otro de los dichos de Abuela Nelly—. Por eso mi vieja me anotó en un curso de ingreso a contraturno de la escuela, dos veces por semana, una para estudiar Lengua y otra para Matemática. Si había algo que odiaba yo a los doce años (y eso que a los doce años odiaba un montón de cosas, empezando por mi panza de gordito pacífico) era malgastar dos tardes por semana en esa especie de escuela paralela. No es que tuviera demasiado que hacer durante la tarde. Básicamente, mi idea de una tarde perfecta consistía en ver unas cuantas series en televisión y liquidarme una opípara merienda. Pero precisamente eso, que en lugar de dejarme hacer lo que me daba la gana me mandaran, después de estudiar, a seguir estudiando, me resultaba imperdonable.

Cuando salí de casa, insultando entre dientes, los vi: sobre la montaña de escombros de la calle a medio pavimentar, Esteban y Sergio jugaban a tirar piedrazos. Estaban apuntando a blancos fijos, escogidos al azar: un árbol, una columna de alumbrado público, alguna de las máquinas viales que descansaban ahí, hasta el día siguiente.

Yo no podía creer mi mala suerte. Habría dado lo que fuera por quedarme ahí con ellos, rascándome, tirándole piedras a lo que me diera la gana, en lugar de viajar hasta Ituzaingó a lo de la señorita Hilda para descubrir el maravilloso mundo del análisis sintáctico y el modificador directo.

Alcé la cabeza y orienté la mirada al frente, al horizonte, como si no los hubiera visto. Estúpida actitud, porque los tenía a veinte metros. En lugar de gritarme, ellos decidieron cambiar de un blanco fijo a un blanco móvil. La primera piedra que me tiraron picó un par de metros adelante. La segunda me pasó rozando el hombro

izquierdo. Me contuve. Iba con el tiempo justo y a la señorita Hilda le gustaba que fuéramos puntuales. Quince, veinte pasos más y me pondría fuera del alcance de las piedras. Los di sin que lograran golpearme. Pero estar fuera del radio de las piedras era una cosa, y estar a salvo de sus gritos era otra.

—¡Dale, Eduardo, vení a jugar! —me gritó Esteban.

Claro, pensé: este porque es más bruto que una vaca y terminó entrando en una escuela de porquería. Hiel. Rencor que me corría por el torrente sanguíneo.

—No puedo. Tengo que ir al ingreso —declaré, sin darme vuelta, como Lot, el de la Biblia, para no tentarme.

—¡Dale, no seas traga!

Ese había sido Sergio. Todavía le faltaba un año para la secundaria pero no tendría problemas al respecto. Iba al San José de Morón, que salía un ojo de la cara pero tenía secundaria. Seguí caminando.

—¡Dale, Eduardo! —Reclamo aceptable. Me ordené seguir caminando.

—¡Dale, gordo traga! —Todo hombre tiene un límite.

Me di vuelta. Me devolvieron una sonrisa alborozada. Para completar la invitación, Esteban me tiró una piedra de asfalto que traía bastante fuerza. El último rebote lo dio a un escaso par de metros de mis pies.

Dejé la bolsa junto al tapial de una casa. Analicé mis posibilidades. Los que estaban sobre la pila de escombros de la calle vieja eran ellos. De modo que disponían de todos los proyectiles que quisieran. Además, el fin de semana anterior habíamos construido una especie de búnker en la cima. Nicolás había traído un par de carteles de chapa, de esos que usan los martilleros para ofrecer las casas con un "VENDE" en grandes letras. No le preguntamos de dónde los había sacado porque, si el rematador venía a reclamarlos, preferíamos ignorar la verdad. Pero entre los dos carteles y alguna que otra madera adicional, habíamos conseguido edificar una linda fortificación sobre la montaña, que hacía que los que estaban arriba gozaran de una posición segura y casi inconquistable. Yo, desde la vereda de enfrente, tendría únicamente las piedras que ellos me tiraran, más alguna que hubiese quedado de anteriores enfrentamientos. Pero me habían dicho gordo traga, y esas ofensas hay que pagarlas, qué tanto. Por eso, después de dejar la bolsa con los útiles del curso de ingreso contra el tapial pintado de blanco, me agaché a recoger tres o cuatro cascotes y me parapeté detrás de uno de los árboles, un tilo de tronco grueso que me permitiría dispararles desde escasos diez metros de distancia.

La batalla empezó como debía, es decir, me reventaron a cascotazos durante varios minutos sin que yo pudiese asomar la nariz desde atrás del tronco. No había problema. Podía esperar. En realidad, la que no podía esperar era la señorita Hilda, pero ella desconocía que uno de sus aspirantes estaba en un duelo mortal de artillería, a más de media hora de su casa de la calle Soler. Cuando calculé que mis rivales

tenían que tener el brazo cansado, me asomé como para lanzar mi primera andanada. Error. No estaba jugando contra un par de aficionados, sino con un dúo perspicaz. Puede ser que a Esteban no se le diera bien la ciencia escolar, pero los desafíos a pedradas carecían de secretos para su mente siniestra.

Desde el comienzo se estaban turnando. Mientras uno tiraba piedra tras piedra, el otro preparaba una pila de cascotes para cuando le tocara el turno, y de paso descansaba. De manera que cuando salí de mi escondite, se dedicaron entre los dos a surtirme con piedras de todos los colores. Volví a esconderme. Miré el reloj. Claro que podía volver sobre mis pasos y escapar. Como mucho, soportar algún cascote trasnochado en la espalda o en la nuca. De lo que no podría librarme sería de los gritos. Y a los poco gentiles apelativos de “traga” y “gordo” debería sumar el de “cobarde”, en su versión doméstica de “mariquita”.

Imposible. Aunque la señorita Hilda me reprendiera por la tardanza. Como pude, yendo y viniendo desde la intemperie hasta el tilo, conseguí reunir un arsenal respetable. Me llené de piedras chicas los bolsillos. Separé las mejores para llevarlas en las manos. Y salí rumbo a la montaña de escombros. O no se esperaban semejante ataque o de verdad estaban un poco cansados, porque en lugar de molerme a pedradas se escondieron en el búnker.

Eufórico, empecé a descargar mi munición. Con extraordinario regocijo, escuchaba el bochinche que metía cada piedrazo al dar contra las chapas de los carteles de “vende”. Algún insulto ahogado, alguna orden de Esteban que Sergio de inmediato retrucaba, me hacía sentir que el enemigo había entrado en pánico. No me atrevía a escalar la montaña de cascote. Eran unos cuantos metros y, si mis enemigos salían de su escondite, conservaban la ventaja de tirar desde arriba. Por eso desde el pie de la montaña de escombros, seguía disparando y sacudiéndoles el búnker.

Pero yo también empezaba a cansarme. Y cuando uno se cansa pierde precisión, en el brazo y en el intelecto. Mi primer error fue pensar que, si lograba tirarles una piedra suficientemente grande, el búnker terminaría por derrumbarse y mi victoria sería definitiva. Mi segundo error fue suponer que sería capaz, pese al cansancio, de dirigir esa bomba atómica con la precisión necesaria.

Empecé por buscar el proyectil adecuado. Elegí un trozo de pavimento con forma casi cúbica, de unos quince centímetros de lado. “Paralelepípedo”, pensé. No en vano tantas horas dedicadas a la geometría. Pesaba tanto que tuve que usar las dos manos para levantarlo. Debí haber sospechado que, con semejante peso específico y esa masa irregular, y la obligación de impulsarlo con ambas manos, iba a salir cualquier cosa menos un disparo certero. Pero ya hablé de lo confuso que estaba mi entendimiento. Levanté la piedra con ambas manos sobre mi cabeza. Esteban y Sergio se asomaron en ese momento, con la sospecha de que la calma repentina auguraba inminentes tempestades. No se equivocaban, y sus perplejas expresiones de

pánico terminaron de envalentonarme.

Me di ánimo con un grito, como había visto hacer a los levantadores de pesas. Llevé ambos brazos hacia adelante con su carga mortífera, y en el momento de mayor ascenso y aceleración, solté la piedra. Alborozado, vi cómo mi proyectil aterrador se dirigía hacia la cima, hacia el búnker, hacia esas tiernas cabecitas. Grité de felicidad. Iba a lograrlo. Mi cascote desmesurado iba a derrumbar el búnker arriba de esos dos. Había valido la pena tanto sacrificio. Pero en física las cosas tienen que ser exactas, y no es lo mismo dos centímetros más que dos centímetros menos, tres kilogramos/fuerza que sobren o tres kilogramos/fuerza que falten. Y en la diferencia cabe un mundo.

El cascote sideral pasó a escasos centímetros del techo del refugio de mis amigos, y se perdió del otro lado de la montaña. Y hay veces que uno tiene mala suerte, la verdad. ¿Qué le costaba a ese cascote, ya que había fallado, aterrizar un poco más allá, sobre la pila de piedras, y rodar cada vez más manso hasta la base? ¿Qué le costaba provocar un daño mínimo, un breve alud sobre la pared de la montaña opuesta a la que ocupábamos? No le costaba nada. Pero el muy taimado siguió otro recorrido.

Se ve que le había impreso una fuerza más que respetable. Porque lo que hizo el dichoso proyectil fue seguir planeando un buen trecho, sobrevolando la montaña, para aterrizar en el parabrisas del camioncito de Zaldívar.

Pobre incauto, el tal Zaldívar era un vecino que tenía un Rastrojero en regular estado de conservación, y lo estacionaba contra la montaña de escombros porque le parecía la mar de seguro: era como dejarlo al final de una calle sin salida. Se ve que el pobre tipo ignoraba que estaba dejando su querido Rastrojero al lado de nuestro teatro de operaciones misilísticas. En realidad, por lo que me contaron después, el cascote rebotó primero en el capot, después en el vidrio, y después en el techo de la cabina, donde detuvo su marcha destructiva y quedó como muda evidencia de la crueldad de la guerra. Previamente, en su camino, había hecho un lindo bollo sobre la chapa del capot, y un contundente astillamiento sobre el vidrio, a la altura del acompañante. Creo que en el techo no quedaron marcas.

Los tres combatientes quedamos sumidos en el silencio que siguió al estrago del último bombardeo. Sabíamos lo que venía. Zaldívar, atragantado con el mate, saldría como una exhalación para cerciorarse de que su bebé estuviera a salvo. Y cuando advirtiera que no, que el Rastrojero estaba de cualquier modo menos a salvo, buscaría de inmediato a los culpables. Y no necesitaría ser un genio para advertir el cubo de pavimento sobre la cabina de su bebé ni para determinar de dónde había salido y quiénes eran los culpables.

Tuve que actuar rápido. Giré sobre mis talones y salí disparando. Levanté la bolsa de plástico con mis útiles para el curso de ingreso y seguí corriendo a todo lo que me

daban las piernas, a sabiendas de que, si era capaz de doblar la esquina de Mitre antes de que Zaldívar detectara mi presencia, estaría a salvo.

Esteban y Sergio, pobrecitos, no tendrían esa suerte. Primero tenían que levantar el techo del búnker y ponerlo a un costado. Después, pasar las piernas por encima de la otra chapa, la que servía de frente al refugio. Y todo eso, con Zaldívar parado al pie de la montaña, esperándolos con las manos a la cadera, como si fuera el destino o la muerte misma.

Me derrumbé en el primer 238 que pasó por la parada y recién entonces me convencí de que me había salvado. Esteban y Sergio podían ser crueles a la hora de iniciar un enfrentamiento a piedrazos, pero no iban a buchonearme. Dirían que estaban jugando entre ellos o, como mucho, que se habían enfrentado a algún desconocido que pasaba por ahí y los había desafiado. Zaldívar se encargaría de que recibieran castigos ejemplares. Pero a mis amigos no iba a cruzárseles por la cabeza incluirme en la redada. No les serviría de nada. Ni acortaría sus penitencias. Ellos enfrentarían con la cabeza alta el “daño colateral”, como aprenderíamos después que se llaman esas cosas. En su lugar, yo habría hecho lo mismo. Son cosas que pasan. Cosas de la guerra.

Al curso de ingreso llegué tardísimo. Pero creo nunca disfruté tanto del análisis sintáctico.

NAVIDADES I

ROMPEPORTONES

Yo no soy de esos adultos que suponen que “todo tiempo pasado fue mejor” y que nuestra juventud fue mejor que la actual, en todos sus aspectos. No. Creo que hay cosas que eran más lindas y cosas que eran más feas. Y cosas que eran más peligrosas, como esos cohetes que comprábamos para las Fiestas. En aquellos años la pirotecnia era peligrosísima, y todavía hoy me pregunto cómo fuimos capaces de atravesar todas nuestras Navidades sin dejar ojos y dedos por el camino. Hoy en día —por suerte— uno puede comprar cohetes, cañitas voladoras y fuegos artificiales fabricados legalmente y mucho más seguros a la hora de estallar.

Los nuestros, los de esos años, se vendían en cualquier kiosco y tenían toda la apariencia de ser peligrosos y clandestinos. No tenían marca ni nombre del fabricante ni nada, y estaban recubiertos de papel ordinario y áspero, y rellenos con pólvora del tipo peligroso. Para colmo, nos dejaban salir a encenderlos sin que ningún adulto nos ayudara o nos echara un ojo, por lo menos. Por eso comenté recién que, si crecimos con todos los dedos y todos los ojos sanos, es casi un milagro.

Tirábamos los primeros cohetes a principios de diciembre, para festejar el final de las clases de la escuela, pero después nos dedicábamos a acopiar un arsenal gigantesco para las Fiestas. Subrepticiamente, nos quedábamos con los vueltos de los mandados, andábamos a la pesca de cualquier moneda suelta en un bolsillo, todo lo que nos permitiese ir acopiando cohetes en cantidad casi para iniciar una guerra.

Como en tantos otros rubros, había mucha menos variedad de cohetes para elegir. Además de los petardos tradicionales y las cañitas voladoras, estaban los triangulitos y los rompeportones. Los triangulitos se llamaban así porque tenían exactamente esa forma y la mecha cortísima. Por eso era tan peligroso tirarlos, porque corrías el riesgo de que te estallara en las narices apenas encendido. Los rompeportones eran mis preferidos. Tenían el tamaño de un dado, estaban hechos de papel madera atado con un piolín, y rellenos de pólvora y piedritas. Una especie de chasquibum nuclear, porque era veinte, treinta, cincuenta veces más potente que un chasquibum.

A mí me encantaban porque uno los tiraba como una granada, contra una pared o contra el piso, y hacían un estruendo descomunal y un fogonazo perfecto. Con los rompeportones, yo me sentía como los soldados de la serie “Combate”, arrojando granadas a los enemigos. Eso sí, había que tener mucho cuidado para elegir las paredes sobre las cuales arrojarlos, porque esos petardos eran tan potentes que quemaban la pintura con los fogonazos.

La primera vez que tiré un rompeportones me llevé un susto mayúsculo. Fuimos a

comprarlos con Nicolás, sin que los demás se enterasen. No fue porque sí, que lo hicimos de ese modo. Algunos de los pibes (Esteban, Sergio, o los hijos del oculista) tenían mucha más experiencia pirotécnica que nosotros. Y no teníamos ganas de que se mandasen la parte en nuestras narices. Por eso fuimos solos, para tirar unos cuantos antes de tener que hacerlo delante de ellos y poder, así, fingir veteranía. Nicolás había visto a algún compañero de su escuela arrojándolos, y tenía el dato de que metían un bochinche tremebundo.

Después de comprar tres o cuatro cada uno (esos rompeportones costaban una fortuna) nos fuimos al frente de una casa abandonada. Atardecía, faltaba un día para Nochebuena y necesitábamos comprobar la potencia de nuestra artillería. Con la casa no había problema: llevaba tantos años vacía que ninguno de nosotros había visto jamás entrar ni salir gente de ella. La vereda estaba desierta, aunque varios autos habían estacionado junto al cordón de la calle. Un par de tipos estaban apoyados contra uno de esos autos —un Renault 12 azul marino, flamante—, tomando el fresco del final de la tarde. No los conocíamos y, por lo tanto, no nos preocupamos. Como mucho, podría disgustarles un poco el estruendo cuando sonaran los rompeportones.

Con una mirada nos dimos a entender que comenzaba la prueba. Sacamos, cada uno, un rompeportones del bolsillo (como verdaderos idiotas, guardábamos los cohetes en el bolsillo del pantalón, con lo cual corríamos el riesgo de que estallasen todos juntos y nos provocaran terribles quemaduras). Apuntamos a la pared. Echamos atrás el brazo derecho. Y a la cuenta de tres los arrojamos contra la pared de la casa. Los rompeportones estallaron casi al unísono, metiendo un batifondo de infierno. Hasta ahí, todo magnífico.

Pero no contábamos —no sabíamos— cómo era que funcionaba el mecanismo de esos artefactos. Cuando uno los arrojaba contra una pared, provocaba que las piedritas que contenía el cohete oprimieran la pólvora hasta hacerla estallar. Pero esas piedritas, naturalmente, salían volando para todos lados como parte de la explosión. Y eso no lo tomamos en cuenta. En este caso las piedritas volaron, en su mayoría, hacia el inmaculado Renault 12 azul marino sobre el que estos dos tipos estaban apoyados, a diez metros de nosotros. Se escuchó, a medida que las piedritas impactaban contra la chapa del auto, un “tiqui-tiqui” fúnebre que nos heló la sangre, y que hizo que esos dos fulanos nos encarasen furiosos.

—Oíme, pendejo —empezó uno de los dos, que seguramente era el dueño de la joya inmaculada—. ¿Vos sos pelotudo o te hacés? —La pregunta de ese señor, como ustedes podrán apreciar, no iba dirigida a ninguno de nosotros en particular. Y no sé si la pregunta esperaba una respuesta. Pero Nicolás, que era un chico muy educado y consideraba una falta de respeto dejar a los adultos con la palabra en la boca, respondió desde la más absoluta sinceridad:

—Soy.

Se ve que el tipo no estaba listo para una respuesta tan meditada y autocrítica, porque la sorpresa le diluyó el enojo, o por lo menos lo peor del enojo. Parpadeó un par de veces, alzó la mano indicando el horizonte y nos dijo, con cierto hastío:

—Rajen de acá, mocosos.

Y nosotros, naturalmente, nos apresuramos a obedecer.

NAVIDADES II

LA CASITA

Creo que ya comenté que nuestro peor enemigo era ese gigantón odioso llamado Alejandrito Miranda. Ese vecino alto, desgarbado, gruñón, molesto, que ponía su auto en medio de la calle para impedirnos jugar al fútbol, se quejaba del ruido que metíamos a la hora de la siesta y disfrutaba arruinando todos nuestros juegos. Nos había denunciado más de una vez con nuestras madres, nos había gritado cosas horribles en más de una ocasión y nos había pinchado con un cuchillo más de una pelota que había tenido la desgracia de aterrizar en su jardín.

Pero nosotros no éramos proclives a rendirnos. Podíamos huir de vez en cuando, pero siempre estábamos dispuestos a regresar al campo de batalla.

A veces es curioso el modo en que Dios o las circunstancias nos colocan, en nuestras propias narices, las ocasiones para tomar revancha. Una de esas Navidades o más bien, en uno de esos días previos a la Nochebuena en que nos dedicábamos a comprobar el poder destructor de los petardos de ese año, se suscitó una acalorada discusión entre Darío —el venezolano grande— y Sergio, acerca de cuál era el tipo de petardo más destructivo. Según Darío eran los rompeportones y según Sergio eran los triangulitos.

Como todas nuestras discusiones, esta amenazaba con volverse perpetua, hasta que alguno tuvo la buena idea de proponer un experimento para zanjar el diferendo. Sergio se ofreció a probar primero y, ante nuestra estupefacción, se dirigió muy campante hacia la casa de Alejandrito Miranda. Eran las tres de la tarde, de modo que el mastodonte debía encontrarse en plena siesta. Sergio, como un venado que otea el peligro, se mantuvo dos o tres minutos en silencio, frente al tapial de la casa, como si el tiempo se hubiese detenido para él y para siempre. Hacía bien. El muy maldito nos olía, nos palpitaba, nos intuía, de modo que si estaba despierto, dando vueltas por su casa, no tardaría en asomarse con mala cara para decirle a Sergio que se mandase mudar. Como los minutos pasaron y eso no sucedió, pudimos concluir que, efectivamente, Alejandrito dormía la siesta.

Entonces Sergio, amorosamente, extendió la mano hacia la casita buzón de Alejandrito Miranda, y a nosotros se nos erizó la piel en una mezcla de pánico y regocijo. En esa época, la mayoría de las casas carecía de buzón para las cartas. El cartero simplemente las tiraba en los porches o las hundía en una hendija de los tapiales o los portones. Solo algunos tenían buzones. Y Alejandrito, en particular, tenía un buzón sumamente coqueto: una casita de madera, del tamaño de una caja de zapatos grande, con techo a dos aguas, chimenea, paredes blancas y ventanitas

coquetas. Nunca nos lo había dicho (de hecho, apenas nos dirigía la palabra para gritarnos), pero sabíamos que esa casita-buzón era su orgullo. Colocada más o menos a un metro del piso, sobre un poste de madera, a unos veinte centímetros de la línea municipal, tenía una hendija con tapa de metal para que entrasen los sobres. Del otro lado de la casita, la pared del fondo era una puertita con llave por la cual el dueño de casa retiraba la correspondencia. Una casita de cuento de hadas, que contrastaba un poco con el aspecto cavernoso, levemente demoníaco, que tenía la fachada de la propia casa de Alejandrito. O a lo mejor no era demoníaca, sino que su contenido —Alejandrito— era lo que nos parecía demoníaco. Pero sí era una casa oscura, lúgubre, poco adornada. Y la casita-buzón, con su techo rojo brillante, parecía una sonrisa luminosa presidiendo el jardín de Alejandrito como una flor cultivada junto a la guarida de un ogro sanguinario.

Pues bien, hacia ese objeto de culto, hacia esa materialización de la belleza y la coquetería postal, adelantó Sergio sus dedos criminales. Sin hacer casi ruido, levantó la tapa metálica del buzón. Apoyó el triangulito en el borde, para tener ambas manos libres. Encendió la mecha. Cuando estuvo seguro de que estaba prendida, empujó el petardo hacia el interior de la casita. La tapa se cerró con un chasquido. Y después caminó los veinte metros hasta donde nosotros lo estábamos esperando.

Pasaron unos segundos que se nos hicieron larguísimos. Hasta alguno preguntó, a media voz, si la mecha se habría apagado.

—Capaz que sí —dijo alguno, con los ojos fijos en la casita.

—Esperen —dijo Sergio, con la certeza de los entendidos—: Adentro del buzón hay poco aire. Por eso tarda.

Y entonces estalló. En realidad, lo que sucedió fue que la casita salió volando. Todavía hoy desconozco el fenómeno físico que la hizo adoptar semejante comportamiento. No fue que se despedazó o que se le hizo un agujero a través del cual se liberó la potencia de la explosión. No. Hizo un ruido apagado, cavernoso, y se desprendió de su base de madera. Lo único que quedó fue el piso de la casita, adherido al poste. El resto, es decir, el techo y las paredes, se elevó como tres metros y voló hasta el medio de la calle. Aterrizó sobre el techito rojo y después rodó, a los tumbos sobre el pavimento. Ahí sí, pobre casita, se fue despedazando.

Aquel que haya leído algunas de las historias que se incluyen en este libro puede anticiparse a nuestros inmediatos comportamientos. Rápido cruce de miradas, giro de ciento ochenta grados, carrera despavorida hasta la primera esquina en la cual girar para perdernos de vista, manotazos para sacar de ahí a los rezagados, alocados proyectos de alistarnos en la Legión Extranjera o presentarnos voluntarios en la primera misión tripulada al planeta Marte, con tal de no tener que volver a cruzarnos con el iracundo Alejandrito.

Cuando nos pusimos a salvo, y recuperamos el aliento, y decidimos escondernos

en el terraplén del tren hasta que cayera la noche, y nos juramentamos silenciar la verdad o morir en el intento, Sergio nos miró con superioridad y nos preguntó qué pensábamos del poder destructor de su petardo. Y Darío, con una sinceridad no exenta de hidalguía, le dijo que sí, que tenía razón, que el triangulito era el mejor petardo sobre la faz de la Tierra.

NAVIDADES III

ANTICAPITALISMO

Un último capítulo de historias de cohetes, me viene a la mente apenas termino de hablar sobre la destrucción de la casita-buzón de Alejandrito Miranda. Será que los recuerdos son así: cuando vienen, vienen en manada.

Este incidente sucedió unos años después, cuando en el barrio quedábamos muy pocos de aquella antigua multitud: apenas Sergio, Nicolás y yo. Los demás se habían mudado o habían crecido demasiado, que es otro modo de mudarse. Tendríamos quince, dieciséis a lo sumo.

Después de brindar con la familia de cada cual, en la casa correspondiente, nos juntamos para dar una vuelta por el centro. El "centro" de Castelar, que es como decir, en esa época y siendo generosos, dos cuadras para un lado y una para el otro. Allí nos fuimos, con las manos en los bolsillos, charlando un poco nomás, soltando palabras de tanto en tanto, en medio de largos silencios. No lo decíamos, pero supongo que extrañábamos esas Navidades que habíamos vivido cuando éramos más, cuando éramos quince o veinte, cuando pensábamos que íbamos a ser así para siempre. Pero Sergio, que siempre fue más dado a la acción que a la nostalgia, se detuvo en un kiosco con aspecto de tugurio, que en el fondo del local vendía petardos de todas las especies. Cuando salió otra vez a la calle, sonreía. En la mano llevaba un tubo de cartón rústico, de unos cuarenta centímetros de largo por tres de diámetro.

—Bomba brasilera —declaró, y el alma nos volvió al cuerpo.

—¿Suena fuerte? —preguntó Nicolás.

—No te das una idea —aseguró Sergio—. El año pasado mi primo tiró como cuatro —y el modo en que lo dijo nos sonó a que el universo había crujido, víctima de esos artefactos.

Me lo alargó, como obsequiándome el privilegio. Tragué saliva. Me sentía armado, de repente, con un bazooka.

—¿Y la mecha? —me atreví a preguntar, porque no la veía. Sergio me señaló un agujerito en un costado, cerca de la base. Entendí entonces que esa bomba brasileña no se arrojaba como un petardo ni se metía en una botella como las cañitas, sino que debía encendérsela y sostenerla en la mano. Tragué otra vez. No estaba en mis planes ver cómo mis dedos salían volando, pulverizados. Pero tampoco podía pasar por un cobarde.

Tal vez Sergio advirtió mi vacilación, porque dijo:

—No te preocupes. Sentís un sacudón cuando sale el petardo del caño, pero explota lejos.

“¿Y por qué no lo tirás vos, si es tan sencillo?”, pensé. Pero dije que sí, que muy bien, que todo perfecto.

Estábamos sobre la vereda de la calle Arias, la más céntrica de nuestro minúsculo centro. Sergio encendió el fósforo y lo alargó hacia la bomba brasileña. Yo entrecerré los ojos y estiré la mano, como si con eso pudiese minimizar los daños. En mi mente, mis dedos salían desperdigados en todas direcciones, o era directamente mi mano derecha la que, completa, salía despedida junto con la maldita bomba.

Tan atento estaba a completar mentalmente los detalles de mi pesadilla que no me tomé el trabajo de apuntar, de buscar un sitio hacia el cual soltar la dichosa explosión. Mucho menos cuando sentí el topetazo de la ignición en el caño de cartón. Como tenía el brazo en alto, la bomba salió despedida en ascenso, cruzó la calle Arias y fue a dar contra la fachada del Banco. Espero que el lector me disculpe si no digo el nombre del Banco. Porque el Banco sigue existiendo y se llama casi igual. Y pongamos que algún ejecutivo lee este relato y me hace un juicio retroactivo por daños y perjuicios. Espero sepa disculpar entonces mi silencio al respecto.

El asunto es que la bomba explotó metiendo un estruendo de película. Aterrado, yo supuse que la enorme vidriera del Banco iba a venirse abajo con la explosión. Me equivocaba, porque los enormes paños de blíndex no sufrieron daño alguno. Lo que sí ocurrió fue que, de inmediato, empezó a sonar la alarma. Hoy en día uno se pasa escuchando alarmas todo el santo día. Pero en aquellos tiempos ni los autos ni las casas ni los comercios tenían esos artefactos. Solo la policía, los bomberos, las ambulancias… y los bancos.

Para colmo, era la madrugada del 25 de diciembre y era viernes. El sábado 26 nos pegamos una vuelta, como quien no quiere la cosa, y comprobamos que la alarma, con intermitencias de silencio, seguía sonando. Y volvimos a pasar el domingo 27 y la alarma seguía atronando las calles vacías del feriado. Nos daba cierto orgullo, la verdad, mientras nos acercábamos al centro, empezar a escuchar, desde tres o cuatro cuadras de distancia, el aullido de la sirena, pensando que nosotros éramos los autores de esa alarma de duración récord que se había iniciado tres días antes. Fanfarronerías que uno tiene, qué se le va a hacer.

Eso sí: una vez que comprobamos,*in situ*, el feroz poderío de esas bombas brasileñas, juntamos mango sobre mango para comprar todas las que pudimos. El arsenal resultante lo dilapidamos en Año Nuevo, dando la bienvenida a 1984. Pero no nos fuimos hasta la estación a tirarlas. Como bien observó Nicolás, las explosiones se lucían muchísimo más en el oscuro silencio de las calles del barrio. Eso sí, el lector sabrá disculpar que evite entrar en detalles. Una cosa es atacar con una bomba brasileña a uno de esos símbolos del capitalismo como el Banco que estaba en Arias entre Carlos Casares y Rodríguez Peña, y otra bien distinta dar los nombres de las vecinas a las que hicimos saltar de la cama, ateridas, a las cuatro de la mañana.

¿Quién me garantiza que esas viejas no vuelvan, desde el lejano pasado, a acechar mis propias noches?

CARNAVALES

A nosotros nos tocaron unos carnavales viejos y gastados que a duras penas se resistían a morir. Unos carnavales que poco y nada tenían que ver con los de antaño, esos que los viejos del barrio describían como llenos de disfraces y de corsos, y que a nosotros nos sonaban un poco extraños y monstruosos, de tan desconocidos.

“Carnavales… eran los de antes”, decían, con un gesto despectivo, y nosotros en el fondo nos sentíamos responsables de vaya uno a saber qué culpa, como si nos hubiesen encargado la custodia de algo, y ese algo lo hubiésemos perdido.

Tal vez esa sucia y difusa sensación de culpa nos llevaba a preguntarles a nuestros mayores cómo habían sido esos dichosos carnavales, en un pueril intento de entender y tal vez de reparar, lo que se había roto. Y los mayores recordaban y describían, con pelos y señales. Y aunque los ojos les brillaban a medida que se internaban en los senderos de la evocación, de tanto en tanto les volvía a aparecer ese resentimiento, ese rencor, como si nos hiciesen responsables a nosotros de no haber sido capaces de mantener sus gloriosas tradiciones.

Nos enteramos así de que, antes de que naciéramos, en los barrios florecían auténticas guerras de agua de las que participaban los grandes y los chicos, y que en los clubes se organizaban bailes epopéyicos, y que en el centro de cada pueblo se armaba un corso al que todos iban disfrazados a seguir la parranda.

Un atardecer de febrero, Esteban me vino con la noticia de que su papá había decidido llevarlos a todos al corso de Haedo, y me invitaba a acompañarlos. Me tomó desprevenido, porque yo no había ido nunca a un corso, porque me pareció imposible que hubiese uno tan cerca de mi barrio, y porque cuando Esteban dijo “ a todos” entendí que ese todos incluía a su hermana Camila y, eventualmente, a mí. De modo que le dije que sí, aunque todavía me faltase pedir permiso en casa. Antes de despedirnos, Esteban me hizo una advertencia: “Hay que ir disfrazado”. “¿Vos de qué vas a ir?”, le retruqué. “De cowboy”, aseguró. Intenté pensar rápido, cosa que nunca me salía. “Yo voy a ir de soldado”, terminé por decir. Yo tenía un casco verde, al que le había pegado dos tiras de cinta aisladora blanca para ascender a capitán, y disponía de un buen revólver de cebita. Quedamos en estar listos en media hora y nos despedimos.

En mi casa no me hicieron problema con lo de darme permiso. Pero fue peor. Porque a mi madre y a mi hermana mi proyecto de disfraz de soldado les pareció una paparruchada inadmisible. Un asco. Un desperdicio.

A propósito de mí, pero al mismo tiempo más allá de mí, como si mi partida al corso fuera una simple excusa, empezaron a barajar alternativas. Sopesaron y

descartaron disfrazarme de árabe, de hormiga, de malevo y de pirata. Hasta que mi madre, alborozada, recordó que en algún rincón de la casa debía estar guardado el disfraz de Príncipe Valiente que usara mi hermano mayor para una fiesta de fin de curso. Yo no conocía al personaje en cuestión, así que no me quedó más remedio que seguir a las mujeres hasta el dormitorio y verlas zambullirse dentro del placard. Al rato me vi sepultado en un mar de cajas de cartón, de perchas y de fundas para ropa, mientras el aire se llenaba de olor a naftalina. En mi familia primaba el criterio de que lo mejor era, en la medida de lo posible, no tirar nunca nada a la basura, porque alguna vez podía resultarnos útil. Por eso no me sorprendió que al cabo de un rato emergiera, de las profundidades de los últimos estantes, el dichoso disfraz de príncipe valiente.

Bastó que lo encontraran para que, jubilosas, se dedicaran a ayudarme a probármelo. Despavorido, comprobé que el tal príncipe usaba, en lugar de pantalón, unas medias blancas de los pies a la cintura, que se ajustaban al cuerpo como la malla de un bailarín clásico. Y una camisa de color celeste brillante tan llena de volados que cortaba el aliento, y una corona de papel dorado tan coqueta como el resto del conjunto. Cuando me hicieron verme en el espejo, de cuerpo entero, casi grito del espanto. Me veía menos masculino que la Bella Durmiente. Supongo que habré esbozado una protesta, pero ellas estaban absolutamente convencidas de que estaba tan hermoso como los príncipes de los cuentos.

Mientras me elegían un calzado acorde, me pregunté para mis adentros si a los príncipes de cuento se les notaría la anatomía masculina tanto como a mí, con esas calzas, pero mantuve la boca cerrada porque en esa época la timidez me aconsejaba evitar todos los conflictos. Para colmo, el disfraz se lo habían hecho a mi hermano cuando estaba en tercero o cuatro grado. Y encima yo, que estaba por entrar en séptimo, distaba mucho de ser menudo y flaco; de manera que embutido en esa ropa me sentía una empanada con demasiado relleno y mal repulgada.

Por suerte la bocina del auto del padre de Esteban sonó antes de que mi madre y mi hermana pudiesen ponerse de acuerdo sobre qué zapatos irían bien con el conjunto, porque en el apuro de último momento tuvieron que conformarse con los mocasines del colegio, cuando al parecer las seducía mucho más —llegué a escucharlas decirlo— encontrar algún zapato de mi hermana con un poco de taco. Ya era de noche, y al amparo de la oscuridad me acomodé como pude en el amasijo de chicos que viajaba en el asiento trasero del Falcon.

Grande fue mi estupor al notar que ninguno de los miembros de la familia iba disfrazado, excepto Esteban. Y eso de considerar que mi amigo sí lo estaba es casi un gesto compasivo de mi parte: una simple pistola de plástico y una cartuchera con cinturón de cowboy tampoco son un disfraz como Dios manda. Pero los otros iban vestidos con ropa de todos los días. Traté de consolar mis vergüenzas suponiendo que

más tarde, cuando llegásemos al corso, yo podría disimularme en la multitud de disfraces y enmascarados.

Pero al bajar del auto el alma se me fue a los pies. El dichoso corso de Haedo eran unos cuantos curiosos que caminaban por las veredas de la avenida Rivadavia, comiendo un choripán o un copo de azúcar. De tanto en tanto, alguna careta de cotillón o algún antifaz solitario. Y en medio de esa gente tan normal y tan correcta, yo con mis calzas blancas y ajustadas de príncipe valiente. ¿Nunca le pasó, lector, tener un sueño —o una pesadilla— en el que están en medio de un cine, con las luces encendidas, desnudos o en ropa interior? Bueno. A mí me pasó exactamente eso, pero despierto y en el medio de la calle Rivadavia, en pleno centro de Haedo.

Nos compraron unos aerosoles de espuma que olían a jabón y ardían en los ojos. Tenía tanta bronca contra Esteban por haberme metido en ese embrollo, que debo haberle vaciado buena parte del mío en plena cara.

En algún momento desfiló una murga. Lo supimos con tiempo, porque la gente que nos rodeaba se hizo sitio junto a los cordones y los padres alzaron a las criaturas para que vieran mejor. Algo de todo eso me sonaba falso, y no eran solo mis calzas blancas y mi camisa brillante. Como si todas esas personas hubieran ido a buscar algo sabiendo que no estaba. Por eso esperaban con desesperación el paso de la murga. Como si mirar a alguien bailar o divertirse fuese un modo de subsanar el triste equívoco de haber ido.

Pero la murga fue otro fiasco. Unos cuantos muchachos que saltaban, con galeras de colores y trajes brillantes, pero lucían cansados y poco convencidos.

Fue una suerte que el padre de Esteban tuviese que madrugar al día siguiente, porque después del paso fugaz de aquella murga nos hizo pegar la vuelta a casa. Por lo menos, esa del regreso fue la mejor parte de la noche. Los azares del Falcon ubicaron a Camila a mi lado, contra una de las ventanillas. Y cuando el interior del auto se iluminaba, de trecho en trecho, con la luz de algún farol, nuestros ojos se cruzaban subrepticios. Para entonces mi disfraz era un guiñapo. La corona había perdido tres o cuatro de sus puntas, y la camisa estaba llena de manchas y mojaduras de espuma. Las calzas, eso sí, seguían tan blancas y tan ajustadas como al principio. Pero, por costumbre o por resignación, había dejado de importarme.

Al día siguiente me mandaron a comprar al kiosco de Esteban, y me atendió Camila. Como siempre, ni ella ni yo levantamos la vista del mostrador mientras me despachaba. Pero cuando me iba, y ya había abierto la puerta de chapa de local, escuché su voz atropellada. “Te quedaba lindo el disfraz de príncipe”.

No supe qué decir. Saludé y me fui a mi casa. Yo sabía que ella había dicho una mentira. Que ese disfraz de príncipe era tan feo como el corso y tan defectuoso como esos carnavales moribundos. Pero igual fui feliz. Que una mujer nos mienta por amor es, a pesar de todo, un gesto inolvidable.

EL MEJOR GOL DE MI VIDA

Creo que el mejor gol de mi vida lo convertí de penal, mientras anochecía, un sábado de invierno, en el asfalto de la calle de mi casa, a los doce años, para definir un partido de morondanga.

Es verdad que quien lea estas páginas tiene todo el derecho de matarse de la risa frente a la pequeñez de mi epopeya. Puede que se pregunte: ¿Eso es todo? ¿Ese es su mejor gol? ¿Este señor no tiene nada mejor para mandarse la parte?

Les ruego, sin embargo, que me permitan explayarme y, al final de mi relato, vuelvan a pensarlo. Tal vez sigan sosteniendo que mis horizontes son imperdonablemente pequeños. O tal vez no. Veremos. Porque una de las grandes cualidades que tiene el fútbol es su capacidad de construir un mundo aparte dentro del mundo. Y mientras la pelota rueda los límites del universo son los laterales y la línea de fondo, y no hay otra frontera que las de las áreas y el mediocampo. Y la vida no tiene más extensión que la cancha. Y el género humano es la suma exacta de tus compañeros y tus adversarios. Y entonces puede cambiar la escala de las cosas.

Pero vayamos a los hechos: un partido de cuatro jugadores contra cuatro, con quince o veinte metros de pavimento para todo el largo de la cancha y los cordones de la vereda como laterales. Dos cascotes para cada arco. Somos ocho y somos los de siempre. En el barrio hay más pibes aparte de nosotros. Pero a esa hora, y con ese frío, estos ocho somos los únicos dispuestos a jugar a la pelota hasta que estalle el planeta o el oxígeno se extinga. Y no nos acobarda ni la oscuridad ni el invierno.

El partido está parejo. Claro que no es un partido de cero a cero. No existe —no puede existir— un partido que vaya cero a cero a los trece años y en la calle. Un partido parejo es, para nosotros, diez a diez o quince a quince. No hemos desarrollado aún la sospechosa virtud de la prudencia, y nos manejamos con la convicción de que para ganar hay que llenar de goles el arco de enfrente. Y el partido es parejo porque hemos armado los equipos para que lo sean. Somos chicos, y tal vez por eso somos mucho más justos de lo que seremos cuando crezcamos. Y no se nos ocurre armar un equipo que “tenga afano” para golear a los más chicos o los menos capaces.

Por eso, por ese afán de hacerlo parejo, Esteban juega de un lado y yo del otro. Porque Esteban es nuestra estrella, nuestro delantero, nuestro goleador, nuestro amuleto. Y yo estoy del otro lado porque soy el arquero. Les pido que me permitan considerarme un buen arquero. Volador. Con reflejos. Y con huevos, si me perdonan la mala palabra. Que de eso también tienen que estar hechos los arqueros. ¿O alguien puede decirme que para llegar a una pelota bien esquinada, contra un palo, sobre el pavimento, dejando en el intento la piel del codo y la rodilla, no se requiere una

buena porción de hombría? Así que el más goleador está de un lado y el más arquero del otro, y eso empareja. Pero no solo para emparejar es que jugamos Esteban de un lado y yo del otro.

Otro asunto nos enfrenta. Nos enfrenta una mujer. Una mujer de la que yo estoy enamorado, y que quiso mi mala estrella que naciese hermana de él. Se llama Camila, tiene once años y unos ojos morenos que te hacen naufragar el alma. Y Esteban, no sé si por celos o por orden de su madre o porque sí, ha decidido prohibírmela.

Es doloroso que una cosa así se interponga en una amistad como la nuestra. Hemos hecho grandes cosas juntos. Hemos ganado desafíos memorables, gracias a sus goles y a mis revolcones postreros. Somos los dos únicos hinchas de Independiente de toda la barra. Hemos compartido lejanas y prohibidas travesías en bicicleta. Hemos cazado ratas junto a las vías del tren.

Pero todo eso es parte del pasado. Porque él hace todo lo posible por impedirme llegar a Camila. Lo hemos discutido. Nos hemos gritado. Y si no hemos terminado a las trompadas es porque él me quiere y yo lo quiero. Y nos unen todos esos partidos ganados y perdidos. Pero él sigue emperrado en oponerse a mis deseos y yo sigo dispuesto a escalar el Himalaya para salir con Camila. Sueño con que ella me acompañe al centro de Castelar a una confitería a tomar una Coca Cola en vaso alto. Y con que a la vuelta caminemos, vergonzosos, turbados, tomados de la mano. Y con que, justo antes de doblar la última esquina hacia su casa, me deje besarla en la boca. Que en todo eso consiste para mí, a los trece, salir con una mujer.

Es por eso que en este partido del que hablo, y que lleva un tanteador de diez a diez o quince a quince, se ventila también todo el recíproco rencor que venimos incubando. Pero es tan parejo que no logramos definirlo porque ninguno logra sacar la necesaria luz de dos goles de ventaja para darlo por concluido.

Y la noche ya ha caído. Y la poca luz que hay es la de los focos de alumbrado público, que se cuela por entre el ramaje desnudo de los árboles enormes que crecen a ambos lados de la calle. Ya son varias las madres que han salido a la puerta a ordenarles a sus hijos que entren a bañarse y a cenar. Pero ninguno de los ocho se ha movido. Por empezar, ni Esteban ni yo tenemos la menor intención de dejar ese partido inconcluso. Pero los otros seis tampoco. Ellos saben lo que se está jugando, y participar del desenlace bien vale pagar el alto precio del reto materno por ser un mocoso desobediente.

De repente Esteban propone definirlo por penales. Es una buena idea la suya. En esa oscuridad, es muchísimo más difícil atajarlos que meterlos, y mis virtudes de arquero volador van a servirme de muy poco. Pero acepto, para no dejar resquicio a que me acuse de miedoso.

Nos encaminamos todos, los ocho, hacia el arco más iluminado, que es lo mismo que decir el que está un poco menos a oscuras. Alguien cuenta doce pasos y raspa con

una piedra una cruz en el pavimento para indicar el punto penal. Alguna madre sale a insistir con lo del baño y la cena. Nadie la escucha.

Nuestros seis compañeros patean por turno. Hacen su parte. Saben que no son protagonistas sino testigos. Embocan y yerran, que así es el fútbol. Y al final llegamos empatados en dos, y con un penal pendiente para cada equipo. El de Esteban y el mío.

Cuando acomoda la bola en su sitio, Esteban es una sombra. No distingo sus rasgos, aunque puedo palpar su severidad, su fría determinación de derrotarme. La pelota es un dibujo borroso. Y si ahí, a los pies de Esteban, consigo a duras penas distinguirla, sé que en cuanto la patee dejaré de verla. Y en una fracción de segundo deberé adivinar, a intuición pura, el negro vacío de su trayectoria a través del pozo frío del aire de la noche.

Cuando entreveo que Esteban patea la pelota, me lanzo hacia la izquierda. Al principio —suponiendo que el lapso de un segundo pueda tener principio— no siento nada. O sí: siento el pavimento en el codo, en la axila, en las costillas, en la cadera, en la oreja izquierda, en la mandíbula. Pero después —suponiendo que en el lapso de un segundo quepa, además de un principio, un después— siento en la palma de la mano la caricia rugosa de los gajos gastados. Porque acerté, o porque sí, consigo detener la bola junto al cascote que sirve de palo izquierdo. Esteban murmura un “carajo” perfectamente comprensible. Yo sonrío en la oscuridad pero no festejo a los gritos. No corresponde. Todavía no he ganado nada.

Esteban dice “Este lo atajo yo”, por el penal que me toca patearle. Nuestros andares se cruzan a la mitad del camino. Es mi turno de colocar el balón en su sitio. Levanto la vista. Desde allí, los cascotes del arco y la figura agazapada de Esteban son siluetas. Siluetas negras porque mucho más atrás la luz de la avenida les crea un aura de contraste.

No sé qué puede suceder si convierto el penal definitivo. Tampoco quiero distraerme con eso. Porque tal vez no cambie nada, y porque necesito toda mi concentración para decidir el dónde y para decidir el cómo. El dónde es abajo. Un tiro al rastrón que no se levante por nada del mundo. Y el cómo… Todavía me falta el cómo.

Retrocedo tres pasos para tomar carrera y pienso. Pienso que lo lógico sería pegarle un chumbazo colosal que, si se cruza con la humanidad de Esteban, la meta en el arco con pelota y todo. Pienso que no soy habilidoso con la pelota en los pies. Pienso que lo mío es el sacrificio y los dientes apretados. Pienso que no puedo andar improvisando en trance semejante. Pero también pienso que Esteban debe estar pensando lo mismo. Y que tal vez sea el momento exacto para cambiar. ¿O acaso el amor de una mujer no merece que cambiemos?

Me decido y emprendo los tres pasos de mi corta carrera. Abro el pie derecho y le

doy al balón un toque sutil con cara interna. Al escuchar el sonido de mi pie pateando, Esteban se abre de brazos y de piernas. No se juega ni a derecha ni a izquierda. Espera, nomás, toparse con un proyectil dotado de la furiosa velocidad de un meteorito. No cuenta —es natural, porque si no fuese por Camila yo tampoco hubiese contado— con ese roce de artista, con esa bola que corre mansa y silenciosa, a pocos centímetros del piso, con esa pose en la que me quedo, ese ademán de goleador nato, de tipo que sabe, de cirujano del área, de manos en la cintura esperando confirmar una certeza de gol.

Es el final, o casi. Falta que sepa —y no lo sabré esa noche— si, desde la mañana siguiente a su derrota, Esteban se cierra en el rencor o se brinda en la hidalguía. Falta que la pelota, la pelota más suave de toda mi vida, se detenga veinte metros más allá, justo debajo de una de las luces de la calle. Falta que muchos años después, cuando me ponga a escribir estas historias de mi niñez, me acuerde de esa noche, ese invierno y esa calle. Falta que al narrar este recuerdo me encuentre otra vez con Esteban y con los pibes, y con los arcos de cascote en el asfalto, y con la luz que se cuela en manchones entre las ramas altas de los tilos desnudos, y con los ojos negros de Camila.

EPÍLOGO

LOS MEJORES AMIGOS DEL MUNDO

"Hasta acá llegamos", decía mi mamá, cuando le saturaba la paciencia con algo y quería darme a entender que debía detenerme. Hasta acá llegamos, digo yo, mientras termino de ponerle el punto final al último de estos cuentos.

Como avisé al principio, casi todo lo que ustedes leyeron fue verdad y nos pasó a nosotros. A mis amigos y a mí. Pero como no quiero ofender a nadie, ni poner incómodo a ninguno, cambié todos los nombres.

Por eso en este libro ustedes no se encontraron con ningún chico que se llame Andrés, Christian, Gustavo, Diego, Pablo, Mariano, Javier, Jorge, Gaby, Luis, Alejandro, Juan Pablo, Gabriel o Lisandro. Ni con ninguna chica que se llame Carolina, Graciela, Paula o Moira. Esos fueron los de verdad. Mis amigos. Ojalá, si alguno se encuentra y se reconoce en estas páginas, disfrute de estos recuerdos como disfruto yo, cada vez que ando por esas calles de mi barrio, cerca de la barrera de Zapiola.

Así como una persona no dice las cosas porque sí, los escritores tampoco escribimos porque sí. Tenemos motivos. Razones para hacerlo. Escribir este libro fue, para mí, una manera de recordar mi propia infancia. Y de recordar a los que fueron mis amigos. A casi todos ellos he dejado de verlos. Muy de vez en cuando me cruzo con alguno, por las calles de Castelar, en la escuela a la que van nuestros hijos, o en llamadas telefónicas que viajan por encima del océano. Y eso, únicamente con algunos. Con la mayoría nos perdimos de vista para siempre. Son cosas que pasan. A medida que crecemos nuestras vidas cambian, se hacen distintas, y se pueblan de personas nuevas. Supongamos que hoy, treinta años después, volviésemos a juntarnos con los quince o veinte pibes con los que compartí mi niñez. No sé si volveríamos a ser amigos. Tal vez no. Tal vez hemos cambiado tanto que nos resultaría imposible reconocernos.

Y sin embargo… creo que tuve los mejores amigos del mundo. Les debo mucho. Cuando yo tenía diez años se murió mi papá. Un papá que no era cualquier papá. Era, según me parecía a mí, el mejor papá del mundo. Un papá que hoy, treinta años después, sigue pareciéndome el mejor papá que pude haber tenido. Y eso me produjo un gran dolor, una enorme impotencia, y una rabiosa soledad.

Gracias a Dios, conocí a mis amigos. Ellos me ayudaron a curarme esa soledad. A pensar que seguían existiendo cosas lindas para hacer, cosas divertidas para compartir, y razones para volver, poco a poco, a ser feliz.

Eso, ni más ni menos, es lo que les debo a mis amigos. Y es tanto, que nunca voy

a poder pagarles todo lo que les debo. Escribir este libro es, me parece, una manera chiquita de decirles gracias. Gracias por todo.

Ituzaingó, julio de 2011.



EDUARDO SACHERI. Nació en Buenos Aires en 1967. Profesor y licenciado en Historia, ejerce la docencia universitaria y secundaria. Publicó los libros de relatos *Esperándolo a Tito y otros cuentos de fútbol* (2000), *Te conozco, Mendizábal y otros cuentos* (2001), *Lo raro empezó después*. *Cuentos de fútbol y otros relatos* (2004), *Un viejo que se pone de pie y otros cuentos* (2007), y las novelas *La pregunta de sus ojos* (2005; Alfaguara, 2009), *Aráoz y la verdad* (Alfaguara, 2008) y *Papeles en el viento* (Alfaguara, 2011). Colabora en diarios y revistas nacionales e internacionales. Su novela *La pregunta de sus ojos* fue llevada al cine por Juan José Campanella, con el nombre *El secreto de sus ojos*, film que se convirtió en una de las películas más exitosas de la historia del cine argentino, fue distinguido con numerosos premios —entre los que se destaca el Oscar a la mejor película extranjera (2010)— y cuyo guión estuvo a cargo de Sacheri y Campanella. *Aráoz y la verdad* fue adaptada al teatro por Gabriela Izcovich y protagonizada por Luis Brandoni y Diego Peretti. Sus narraciones han sido publicadas en medios gráficos de la Argentina, Colombia y España, e incluidas por el Ministerio de Educación de la Nación en sus campañas de estímulo de la lectura. Su obra ha sido traducida a más de veinte idiomas.